Star Wars

Aprendiz de Jedi

Volumen 18:
La amenaza interior

Jude Watson

Para Nora, Emmett, Cleo y Elliot.
Que la Fuerza os acompañe siempre.

Capítulo 1

Obi-Wan Kenobi estaba completamente inmóvil. No percibía movimiento alguno en la habitación en penumbra, pero tenía los músculos tensos, listos para el asalto. La única fuente de luz era la reluciente hoja azul de su sable láser; los únicos sonidos, el zumbido del arma y la casi imperceptible respiración del Jedi. Obi-Wan llevaba en la misma posición, en equilibrio sobre una delgada barandilla, casi una hora. Pero siguió esperando.

De repente, la voz de Qui-Gon atravesó el silencio, rompiendo la concentración de Obi-Wan. No esperaba recibir un mensaje de su Maestro por cl intercomunicador. Distraído por un momento, estuvo a punto de no dar a la sonda silenciosa de entrenamiento que se acercaba rápidamente a su cabeza. Aquello sí era lo que estaba esperando.

Obi-Wan dio media vuelta torpemente sobre la fina barandilla, y cortó en dos la sonda en pleno vuelo. Dio un salto a otra barandilla oculta y derribó otras dos sondas. Un momento después, las luces de la sala se encendieron y el joven Jedi desactivó el sable láser.

Obi-Wan negó con la cabeza. El ejercicio había terminado, pero el Jedi de diecisiete años no había quedado satisfecho con su rendimiento.

—Sí, Maestro —respondió Obi-Wan a Qui-Gon por el intercomunicador.

—El Consejo nos ha convocado. Nos vemos allí.

—Por supuesto —respondió Obi-Wan. La esperanza nació en su interior. Quizás el Consejo les iba a ofrecer una misión por fin. Obi-Wan y Qui-Gon se habían pasado los dos últimos meses en el Templo. Siempre era un alivio volver a casa cuando terminaba una misión, pero a Obi-Wan no le gustaba quedarse demasiado tiempo.

Ser un Jedi era un trabajo constante y, de alguna forma, la dedicación, la energía y la paciencia que requería parecían intensificarse cuando estaban en el Templo, cuando no se concentraban en el objetivo específico de una misión.

Los Jedi jamás dejaban de aprender. Pero después de los interminables ejercicios de entrenamiento, Obi-Wan sentía que le fallaba la concentración. No debería haberse mostrado tan torpe con las sondas de entrenamiento. Tendría que haber estado preparado para cualquier cosa. Estaba aburriéndose, y eso era peligroso.

Antes de entrar en la Cámara del Consejo, Obi-Wan vislumbró la enorme figura de su Maestro. Incluso de espaldas. Obi-Wan se dio cuenta de que Qui-Gon no compartía su nerviosa expectación, su ansiedad. Como siempre, su Maestro emanaba calma. Qui-Gon casi siempre se mostraba satisfecho con sólo entrenar y meditar. Entonces, ¿por qué necesitaba Obi-Wan entrar en acción?

Qui-Gon sonrió y saludó con la cabeza a su padawan antes de activar la puerta y entrar en la Cámara. Obi-Wan siguió a su Maestro a un paso por detrás de él. Qui-Gon se colocó en el centro de la estancia y saludó a los Maestros presentes.

A Obi-Wan se le aceleró ligeramente el pulso, pero no era nada comparado con los nervios que solía sentir cuando le convocaba el Consejo.

Mace Windu se apoyó en el respaldo de su asiento con el brazo colgando hacia atrás.

—Hemos recibido un mensaje de Vorzyd 4 —dijo llanamente—. Dicen estar siendo saboteados por Vorzyd 5 y han solicitado mediación. Los planetas del sistema Vorzyd nunca han sufrido ningún tipo de conflicto, pero el cuarto y el quinto han estado acumulando tensiones. Todos los planetas del sistema dependen unos de otros, y una disputa entre dos de ellos podría desencadenar un efecto dominó que afectaría a todo el

conjunto. Obviamente, eso es algo que queremos evitar.

—Entonces, la situación es delicada —comentó Obi-Wan, resumiendo el argumento de Mace Windu. Y al momento se arrepintió. No le serviría de nada dejar que el Consejo viera su impaciencia.

—Así es —continuó Mace sin dar importancia aparente a la ansiedad de Obi-Wan o a su interrupción—. Y para complicarlo todo aún más. Vorzyd 5 niega los cargos de los que se le acusa.

—Antes de poder reunir a estos planetas para entablar conversaciones, tendréis que investigar a fondo el problema —añadió el Maestro Yarael Poof—. Puede que haya más en juego de lo que parece.

Obi-Wan y Qui-Gon asintieron lentamente, y supieron que su trabajo comenzaría incluso antes de salir del Templo. Ya habían oído hablar del sistema Vorzyd, pero sólo de pasada. El siguiente paso era visitar los archivos del Templo. Mediar en el conflicto requería una gran cantidad de investigación previa y conocimientos de base. Los Jedi tendrían que estar preparados para cualquier conflicto posible.

Jocasta Nu ya estaba preparada cuando llegaron. Se pasaba la mayor parte del tiempo investigando para las misiones Jedi. Aunque recibía instrucciones periódicas de algún miembro del Consejo sobre los planetas o sistemas que iban a necesitar ayuda Jedi. su capacidad para acceder a la información adecuada en el momento preciso era incomparable. Casi podía percibir el momento en el que un problema latente iba a estallar.

El monitor de los archivos estaba reproduciendo una grabación del presidente Port, el líder de Vorzyd 4, cuando Obi-Wan y Qui-Gon entraron en la sala. Jocasta lo apagó deprisa.

—Os mandan a Vorzyd 4, ¿no? —preguntó con una risilla—. Estoy segura de que será un viaje productivo —Obi-Wan no cogió la broma, pero al escuchar lo que Jocasta les fue contando de Vorzyd 4. lo fue entendiendo.

El pequeño planeta era conocido, sobre todo, por su impresionante producción y venta de bienes. Vorzyd 4 producía por sí solo todos los alimentos y los bienes duraderos empleados en los cinco planetas de su sistema.

—Todos los habitantes de Vorzyd 4 trabajan —explicó Jocasta—. Los niños empiezan a trabajar a los diez años, cuando el ciclo escolar comienza a menguar. En lugar de ir a la escuela siete días, van seis y trabajan uno. Cada año van añadiendo un día más de trabajo a la semana, hasta que tienen diecisiete, momento en el cual empiezan a trabajar la mayor parte del tiempo. A partir de ahí, trabajan los siete días de la semana —Jocasta entrecerró los ojos. A Obi-Wan le dio la impresión de que ella desaprobaba el sistema. Hasta los Jedi descansaban de vez en cuando.

—Cuando los trabajadores cumplen setenta son obligados a jubilarse —prosiguió Jocasta—. Los vorzydianos temen que sus mayores no sean capaces de seguir con el ritmo de trabajo. Por desgracia, casi lodos los jubilados mueren a las pocas semanas de abandonar su trabajo, y se desconoce la causa de las muertes. Casi Iodos los jubilados gozan de buena salud hasta que les obligan a retirarse.

Obi-Wan miró a su Maestro para averiguar lo que pensaba él de aquella práctica. Qui-Gon tenía más de cincuenta años, y a Obi-Wan le parecía imposible que alguien pudiera pensar de él que era improductivo. Y el Maestro Yoda tenía más de ochocientos. Y a nadie se le ocurriría obligarle a jubilarse. Su sabiduría era uno de los bienes más preciados del Consejo.

La idea de alguien pidiendo a esos Jedi que se retiraran le hizo sonreír, pero Qui-Gon le clavó una mirada severa, y Obi-Wan se recompuso de inmediato.

Evidentemente, los vorzydianos de Vorzyd 4 eran seres únicos, con sus propios ciclos vitales y prácticas culturales. Aunque pasaban por humanos debido a la apariencia humanoide de sus cuerpos, tenían dos largas antenas y los ojos un poco más grandes. Obi-Wan sabía que no debía juzgarles utilizando el listón de otros seres.

—¿Y qué pasa con Vorzyd 5? —preguntó Qui-Gon—. ¿Y las tensiones entre estos dos planetas?

—Vorzyd 5 produce menos de la mitad de lo que necesita, y depende en gran medida del comercio con Vorzyd 4 para su subsistencia. En el pasado, ambos mundos se enfrentaron, y, aunque las relaciones entre ambos planetas hayan sido pacíficas y amistosas. Vorzyd 5 quedó a menudo endeudado con Vorzyd 4. La deuda no preocupaba a Vorzyd 4 porque siempre gozaban de superávit. Y a Vorzyd 5 tampoco le preocupaba deber tantos créditos a sus vecinos, pero las cosas han cambiado.

—¿Por qué? —preguntó Obi-Wan.

—Vorzyd 5 ha comenzado a construir casinos. Con los beneficios obtenidos han conseguido devolver gran parte de la deuda interplanetaria.

—Y ya no dependen de Vorzyd 4 —dijo Qui-Gon en voz baja.

—Exactamente. Vorzyd 4 afirma que ahora Vorzyd 5 quiere hacerse con el poder y que están saboteando su producción para parecer más fuertes ante el resto del sistema y de la galaxia. Vorzyd 5, por su parte, declara que eso no tiene sentido. Y las acusaciones constantes están empezando a crear tensión.

Jocasta alcanzó a Qui-Gon una pila de discos y volvió a poner el mensaje del presidente Port. El hombre corpulento que apareció en la pantalla parecía incómodo, pero su ruego fue directo.

—Me pongo en contacto con ustedes para solicitar mediación. Nos están atacando. Vorzyd 5 es el culpable. Todos los diplomáticos y sospechosos de espionaje han sido expulsados, pero el sabotaje continúa. Por favor. pónganse en contacto con nosotros cuanto antes —mientras hablaba, los extremos de sus antenas se movían corno pájaros buscando un sitio en el que aterrizar.

—No es normal que el presidente haya contactado con nosotros —dijo Jocasta cuando la imagen desapareció de la pantalla—. En el pasado, los vorzydianos apenas han tenido contacto con la galaxia, más allá de su sistema. Incluso se mostraron reacios a tener representación en el Senado. El hecho de que hayan pedido ayuda exterior sólo puede significar una cosa: la situación es desesperada.

Qui-Gon y Obi-Wan dieron las gracias a la jefa del archivo y se marcharon con gran cantidad de información adicional para revisar por su cuenta. A Obi-Wan no le gustaba esa tarea, y se dio cuenta de que aquella misión no le iba a proporcionar la acción que tanto deseaba. El sistema Vorzyd sonaba aburrido, y la diplomacia solía ser un proceso largo y tedioso. Obi-Wan suspiró y se reprendió a sí mismo en silencio. Sabía que debía dar las gracias por cada misión. Al menos, significaban un cambio.

Capítulo 2

Qui-Gon activó la rampa antes de que el trasbordador tocara el suelo en el hangar de Vorzyd 4. Se había pasado todo el viaje repasando la información de los planetas y su historia, y estaba ansioso por moverse libremente y tomar el aire. Todos los discos contenían datos sobre la historia corporativa del planeta, y aunque el éxito de Vorzyd 4 como corporación pacífica era admirable, había sido una investigación muy aburrida. Qui-Gon apenas pudo hacerse una idea de cómo eran los vorzydianos como individuos.

El hangar en el que aterrizaron estaba impoluto. Aparte de los trabajadores que cargaban bultos en lo que parecían ser naves de exportación, no había mucha gente por allí.

—¿Van a venir a recibirnos? —preguntó Obi-Wan. Luego ahogó un bostezo mientras se reunía con Qui-Gon al salir del trasbordador. Qui-Gon se dio cuenta de que la investigación realizada por su padawan no había sido mucho más divertida que la suya.

Antes de que Qui-Gon pudiera responder afirmativamente, un joven vorzydiano apareció ante ellos, se quedó quieto un momento y luego realizó una leve inclinación. Sus modales eran comedidos, pero sus antenas temblaban nerviosas. Qui-Gon se dio cuenta de que era poco probable que hubiera visto antes a algún ser de fuera de su planeta.

—Bienvenidos. Síganme —dijo su guía sin expresividad alguna. Se giró y salió rápidamente del hangar. Los Jedi tuvieron que apretar el paso para seguirle.

Qui-Gon estaba ansioso por hablar con el joven vorzydiano. Pensó que le ayudaría a comprender mejor a la especie, pero, aparte del breve saludo de bienvenida, el vorzydiano no ofreció nada más. Se limitó a guiarles velozmente por las calles.

Cuando Qui-Gon intentó preguntar al guía una o dos cosas, se hizo patente su incomodidad por la mirada confundida y el temblor de sus antenas. Quizás el presidente Port le había pedido que no les dijera nada. Qui-Gon decidió dedicarse a observar el entorno. Ya tendría tiempo de familiarizarse con los vorzydianos.

Las calles de Vorzyd 4 estaban casi vacías. Aunque era mediodía, no había nadie. Y Qui-Gon tampoco vio vendedores de alimentos o establecimientos públicos.

Los edificios eran elevados y hexagonales, y no tenían portales ni terrazas. Tampoco había ventanales ni decoración alguna. No se desperdiciaba el material en cuestiones de estilo o estética. Todo parecía estar diseñado para la máxima eficacia, incluido el sistema hexagonal y el deslucido código de colores con los cuales se diseñaban las construcciones.

Qui-Gon contempló al vorzydiano que les guiaba y se dio cuenta de que la misma pauta podía aplicarse a la ropa en Vorzyd 4. Hasta el momento, todos los que había visto llevaban un mono de trabajo ceñido y de un solo color, que ni siquiera tenía cuello.

No llevaban mucho tiempo caminando cuando el vorzydiano se detuvo frente a un edificio bastante indescriptible y de color parduzco. La placa situada junto a la entrada rezaba: "MULTYCORP". El guía activó la puerta y les indicó que entraran. Esperaba encontrarse con alguna especie de galería o pasillo, pero a Qui-Gon le sorprendió descubrir que estaban en un turboascensor que subía a la planta 24. Una voz robótica iba indicando las plantas según pasaban. "Montaje siete, Montaje ocho. Fabricación nueve, Fabricación diez", y así hasta que llegaron a "Contabilidad veinticuatro".

La puerta se abrió, y un vorzydiano de elevada estatura entró rápidamente en el ascensor sin esperar a que los demás salieran. Estuvo a punto de chocar con Obi-Wan.

—Una entrada improductiva —murmuró el guía vorzydiano.

El vorzydiano alto miró al grupo, pero no dijo nada. Qui-Gon se preguntó quién podía

ser.

—¿Le conoce? —preguntó al guía.

El guía negó con la cabeza e indicó a los Jedi que salieran del turboascensor para guiarles por un laberinto de cubículos de trabajo en tonos beige. Cientos de vorzydianos vestidos con monos estaban sentados unos junto a otros, hablando con sus auriculares e introduciendo información en terminales de datos.

Aunque muchos de ellos estaban hablando a la vez. El efecto general era como el de un zumbido grave. No se distinguía ninguna voz por encima de otra. No había nadie charlando. Y, aparte del símbolo numérico que había sobre cada estación de trabajo, no había forma de distinguir una de otra.

¿Será desde aquí desde donde el presidente Port gobierna su planeta? Se preguntó Qui-Gon. *¿Desde una fábrica vorzydiana?* Qui-Gon miró a su padawan, y Obi-Wan alzó las cejas ligeramente. Era obvio que estaba tan sorprendido y perplejo como su Maestro.

—Esperen aquí —les ordenó el guía. Luego les señaló una salita ocupada por una enorme mesa rodeada por unos taburetes. El vorzydiano desapareció en el laberinto.

Un momento después, el presidente Port entró por la puerta. Si Qui-Gon no hubiera visto su foto en los archivos del Templo no habría podido adivinar que era un líder planetario. Llevaba el mismo mono de color claro que el resto de los habitantes del planeta, y sus maneras eran idénticamente seguras. Aunque su expresión no varió, las antenas le temblaron al hablar.

—Nos alegra que hayan venido —dijo. Atravesó la sala rápidamente y se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la mesa—. Todos los vorzydianos conocidos procedentes de Vorzyd 5 han sido expulsados del planeta, pero sigue habiendo ataques. Quieren mermar nuestra productividad. Los ataques tienen que cesar.

Qui-Gon respiró hondo.

—Por lo que sé, de momento no hay que lamentar daños vitales.

—Eso es cierto —las antenas de Port comenzaron a estremecerse más rápidamente.

—¿Los saboteadores se han concentrado en lo que ralentiza la productividad? —dijo Obi-Wan, esperando que la pregunta ayudara al presidente a ser más explícito.

—Sí. La productividad está siendo mermada. No podemos trabajar —el presidente Port movió la cabeza arriba y abajo, a modo de asentimiento.

—¿Por qué se sospecha de Vorzyd 5? —preguntó Qui-Gon—. ¿Han reconocido la autoría de alguno de los ataques? ¿Han expresado sus condiciones o realizado alguna demanda?

Qui-Gon sabía que, tras haber pasado un periodo a merced de Vorzyd 4. Vorzyd 5 podía albergar algún resentimiento. Pero emprender acciones contra un planeta vecino era algo muy precipitado, sobre todo si Vorzyd 5 prosperaba por derecho propio.

—Debemos detener a Vorzyd 5 —dijo el presidente Port sin prestar atención a las preguntas de Qui-Gon—. ¿Se pondrán en contacto con ellos?

Qui-Gon estaba a punto de responder cuando el presidente se puso de pie. Era obvio que estaba ansioso por dar por terminada la reunión.

—¿Podemos volver al trabajo ya, entonces? —dijo.

Qui-Gon se quedó sentado. Tenía muchas más preguntas y la sensación de que las cosas no eran lo que parecían.

—Antes de contactar con Vorzyd 5 me gustaría inspeccionar los lugares saboteados. Las acusaciones no se pueden hacer precipitadamente.

El presidente Port pareció pensar en lo que estaba diciendo Qui-Gon, pero no dijo nada.

Qui-Gon prosiguió.

—También me gustaría pasar al menos una noche aquí, en Vorzyd 4, para hacerme una idea de cómo viven... cuando no están trabajando.

Las antenas del presidente Port se movieron furiosas, y pareció que iban a enredarse.

—¿Cuando no estamos trabajando? —preguntó asombrado—. Comemos y dormimos. Nada más.

El presidente estaba claramente frustrado con la línea de pensamiento del Jedi. Él quería acción inmediata.

—Les llevaré a la zona residencial cuando la jornada de trabajo haya...

El presidente Port fue interrumpido por una trabajadora entró en la sala.

—¡Vorzyd 5! —dijo—. ¡Un nuevo ataque! —su agudo tono de voz reveló su angustia—. Los monitores del estado de la productividad están registrando datos erróneos.

Port salió a toda prisa de la estancia y observó la pantalla más cercana.

—Seis días de retraso en la distribución de bienes duraderos —murmuró—. Esto no puede ser.

Los trabajadores se ponían en pie en sus puestos de trabajo y miraban de un lado a otro con expresión incrédula. Qui-Gon se dio cuenta de que cuando reparaban en los Jedi, con sus hábitos pardos y anchos, sus ya de por sí vibrantes antenas temblaban aún más. En aquel entorno, incluso el discreto atuendo Jedi les hacía destacar como un faro en la oscuridad.

Qui-Gon y Obi-Wan siguieron al presidente Port al turboascensor. Mientras se abrían paso por el laberinto, Qui-Gon se dio cuenta de que algunos de los trabajadores se mecían de atrás adelante. Otros parecían estar físicamente enfermos y se agarraban el estómago mientras se apoyaban en las mesas.

Cuando las puertas del turboascensor se cerraron. Qui-Gon emitió un profundo suspiro. Era obvio que los nativos de aquel planeta eran incapaces de enfrentarse a nada que se alejara de su rutina laboral. El presidente era el único que parecía mantener una calma relativa, aunque tampoco parecía estar muy bien.

Aquella misión iba a ser muy interesante.

Capítulo 3

Obi-Wan se sentó frente al ordenador principal. Llevaba allí casi una hora. El técnico vorzydiano asignado a esa estación iba de un lado a otro detrás de él, parándose de vez en cuando para mirar por encima del hombro de Obi-Wan. De vez en cuando, las antenas del técnico rozaban la cabeza y la nuca de Obi-Wan, que le oía murmurando algo sobre Vorzyd 5.

El Maestro de Obi-Wan se había ido con el presidente Port para intentar tranquilizar a los trabajadores. La amenaza a la salud física y mental de los vorzydianos equivalía a sus dificultades técnicas. Si el presidente no conseguía calmar a los trabajadores, tendría que enfrentarse a una crisis sanitaria. A juzgar por los niveles de estrés que Obi-Wan podía sentir en aquel edificio, el padawan pensó que su Maestro no estaba teniendo mucho éxito.

Obi-Wan tampoco. El problema con el sistema informático no tenía fácil solución. Obi-Wan se dio cuenta de que no iba a poder resolverlo rápidamente, pero esperaba poder averiguar algo en el proceso sobre qué lo había iniciado.

Y entonces, tan pronto como vino, la anomalía desapareció. Todos los ordenadores del edificio volvieron a conectarse y a funcionar como si el virus nunca hubiera existido. Y no quedó ni rastro de lo sucedido en ninguna de las máquinas.

Obi-Wan se acercó al nervioso técnico, que asintió y habló con un intercomunicador en la pared.

—Volvemos a estar en línea. Que los trabajadores vuelvan a sus puestos de inmediato.

Algunos de los técnicos que había por allí miraron a Obi-Wan, agradecidos, mientras volvían a sus estaciones de trabajo. Creían que era él el que había solucionado el problema.

El resto de los vorzydianos se puso manos a la obra, aliviados por el regreso al normal funcionamiento de las cosas. Incluso los vorzydianos enfermos se esforzaron por proseguir con el trabajo.

Obi-Wan se quedó donde estaba. Quería continuar investigando en el sistema para ver si podía averiguar lo que había provocado el misterioso problema, y quizá llegar a entender a los vorzydianos, pero el técnico que estaba junto a él deseaba claramente que Obi-Wan saliera de su sitio.

—¿Volvemos al trabajo, entonces? —preguntó el técnico, nervioso.

Obi-Wan suspiró. Su curiosidad no era razón suficiente para molestar a aquel vorzydiano.

De regreso a la planta 24, Obi-Wan pensó en lo que sabía. Por desgracia, no era mucho. El saboteador era alguien que conocía el sistema informático casi tan bien o mejor que los técnicos que lo manejaban, pero no había pruebas definitivas de que Vorzyd 5 fuera responsable del fallo. Obi-Wan sospechó que el culpable podía ser alguien de dentro o algún espía.

Antes de que pudiera compartir sus sospechas con Qui-Gon y el presidente, una sirena larga y opaca resonó en todo el edificio. Los trabajadores vorzydianos gruñeron al unísono, repitiendo aquel tono. Era un sonido extraño, como decepcionado, que penetró en la piel de Obi-Wan. No sabía si la frustración de los trabajadores se debía a que su jornada laboral se había visto reducida por la interrupción, o si aquel triste sonido se hacía cada día cuando llegaba la hora de irse.

Al igual que el resto de los trabajadores, el presidente Port parecía reacio a marcharse de allí. Por fin, se levantó e indicó a los Jedi que le siguieran.

Los vorzydianos salieron en masa de los edificios, como un líquido vertido lentamente. Aunque estaban muy cerca unos de otros, apenas se acercaron a Obi-Wan y Qui-Gon, ni siquiera en los trasbordadores a rebosar en los que se dirigían a sus hogares. Obi-Wan lamentó que su presencia incomodara a los vorzydianos, pero, al mismo tiempo, agradeció aquel espacio libre. Le permitía mirar por las ventanillas de transpariacero del trasbordador.

Mientras salían del espacio de trabajo de la ciudad, Obi-Wan esperó a que cambiara el paisaje. Él suponía que los edificios idénticos serían cada vez más escasos, y que darían paso al paisaje natural del planeta, o al menos a algún parque o espacio abierto, pero se equivocaba.

En las afueras de la ciudad, la zona laboral daba paso a la zona residencial. Pero si el presidente vorzydiano no les hubiera avisado de que habían entrado en ella, Obi-Wan no se habría dado cuenta. Los edificios en esa zona eran ligeramente más pequeños y estaban ubicados alrededor de estaciones en las que los trasbordadores automáticos y los aerobuses recogían y dejaban pasajeros. Por lo demás, era exactamente igual que la zona de trabajo.

No había jardines. Ni espacios para aparcar vehículos privados. Ni vorzydianos descansando en el exterior.

Ante semejante perspectiva, los Jedi no se sorprendieron al ver la casa del presidente, que, al igual que su lugar de trabajo y su atuendo, no difería de las del resto de la población. Vivía en un piso único de una de las elevadas construcciones.

—Esta es mi mujer, Bryn —dijo el presidente, presentándoles a una vorzydiana delgada que llevaba un mono de color anodino—. Los Jedi Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi —dijo Port, señalándoles.

Las antenas de Bryn temblaron al contemplar a los Jedi.

—Apreciamos su hospitalidad —dijo Qui-Gon, tendiéndole la mano—. El presidente Port ha sido muy amable invitándonos a comer con ustedes.

Bryn asintió de nuevo, pero no le dio la mano. En lugar de eso, se acercó a la despensa. Tras pulsar unos cuantos botones colocó dos servicios más en la mesa, que ya estaba puesta para dos.

—Grath no come con nosotros —dijo ella.

El presidente Port asintió.

—¿Vendrá a casa luego? —preguntó Obi-Wan. Tenía ganas de conocer al hijo de quince años de Port. Vorzyd 4 parecía tan... aburrido. No podía imaginar la vida que llevaría un adolescente en aquel planeta, y esperaba que fuera más fácil hablar con él que con los vorzydianos que había conocido hasta el momento.

—Después de comer. Está trabajando —respondió Bryn, inexpresiva.

Mientras esperaban a que les sirvieran la comida, Obi-Wan y Qui-Gon echaron un vistazo a la pequeña residencia. Estaba equipada y era razonablemente cómoda, pero no daba ninguna pista sobre la personalidad de los habitantes. A Obi-Wan le recordó los espacios estériles que los viajeros alquilaban en Coruscant. Con tantas especies distintas pasando por allí, las habitaciones se diseñaban para que fueran lo más limpias e inofensivas posible.

—¿Suele estar Grath fuera de casa por las noches? —preguntó Qui-Gon cuando se sentó a cenar—. Debe de ser una pena no poder compartir juntos la última comida del día.

Obi-Wan se dio cuenta de que Qui-Gon estaba buscando algún punto de conexión emocional en la familia.

—Trabajar es un honor —dijo el presidente, tenso.

Su mujer asintió.

—Ojalá sea tan productivo mañana como hoy —dijo.

Qui-Gon y Obi-Wan intercambiaron una mirada. Se hizo el silencio en la mesa.

Obi-Wan masticó un bocado especialmente duro e insípido de lo que fuera que había en su plato.

—¿Y qué hacéis por las noches para divertiros? —preguntó con la esperanza de poder iniciar alguna conversación. Aunque estaba empezando a darse cuenta de que era inútil, sintió la obligación de intentarlo.

Bryn alzó la vista del plato, con una expresión de confusión.

—Leemos manuales para mejorar en nuestro trabajo —respondió, como si fuera algo obvio.

De repente, Obi-Wan se preguntó si Grath prefería trabajar por las noches para evitar la cena. Le costaba creer que los jóvenes de Vorzyd 4 estuvieran tan centrados en el trabajo como sus padres. Pensó que, de alguna manera, se parecía a la vida en el Templo. Allí, los niños y los adultos estaban completamente dedicados a aprender los caminos de la Fuerza. El sendero Jedi era fascinante, desde luego, mucho más fascinante que cualquiera de las cosas que Obi-Wan había visto en aquel planeta, pero Obi-Wan también tenía que admitir que, algunas veces, en el Templo, lo único que deseaba era tomarse un descanso, un tiempo libre.

Alzando la vista del plato, Obi-Wan vio que Qui-Gon le estaba mirando. Se sonrojó. Más de una vez, Qui-Gon había sido capaz de leerle la mente, y esperaba que aquél no fuera uno de esos momentos.

Obi-Wan llevaba una temporada sintiéndose frustrado, sí, pero no quería abandonar la senda Jedi. Ya lo hizo una vez y acabó siendo el peor error de su vida, pero, aun así, había momentos, sobre todo cuando pensaba que no estaba progresando, en los que se preguntaba adónde le estaba llevando un trabajo tan abundante e intenso.

Capítulo 4

El presidente Port guió a los Jedi a un edificio no muy alejado de la casa.

—Este es nuestro complejo de retiro. Mi madre vivió aquí cuando se retiró. Ya murió. La habitación está libre —dijo. Su tono no registró expresividad ninguna.

—Mis condolencias por el fallecimiento —dijo Qui-Gon amablemente—. ¿Fue hace mucho?

—Hace un mes —respondió Port.

Qui-Gon se dio cuenta de que las antenas de Port se agitaban levemente.

—Es difícil perder a un padre.

—Los trabajadores no aguantan sin trabajar —respondió Port con firmeza. Pero se detuvo antes de entrar en el pabellón, como si no quisiera entrar—. Segunda planta. La tercera puerta a la derecha —dijo.

Dio a Qui-Gon una tarjeta con códigos de acceso y se giró para marcharse.

—Mañana contactaremos con Vorzyd 5. Hay que seguir trabajando.

Cuando la puerta se cerró tras ellos. Qui-Gon escuchó unos golpecitos afuera. Los pasillos llenos de puertas se extendían en todas direcciones, y a la izquierda, una figura se acercaba trabajosamente hacia ellos ayudándose de un andarín. Les saludó para atraer su atención. Era un anciano vorzydiano.

—A trabajar —dijo con voz ronca—. ¿Ha llegado ya el trasbordador? A trabajar —Obi-Wan fue hacia el maltrecho ser, pero Qui-Gon le puso una mano en el hombro para detenerle. El vorzydiano se giró y caminó a duras penas en otra dirección. No hablaba con ellos. Eran desvaríos dirigidos a nadie en particular, y Qui-Gon supo que no había nada que pudieran hacer para ayudarle.

El cuarto de la madre de Port era tan mortecino como el resto del complejo, pero tenía dos catres y era adecuado para los Jedi. Obi-Wan caminó por el pequeño espacio entre las camas. Qui-Gon sabía que el chico quería decirle algo desde hacía un tiempo. Si esto hubiera ocurrido un año antes, ya habría expresado sus pensamientos. Pero su padawan estaba madurando y creciendo en sabiduría. Se estaba convirtiendo en un Jedi.

—Maestro, no creo que Vorzyd 5 sea responsable del... contratiempo de hoy —dijo Obi-Wan—. No sé quién será el responsable, pero no podemos ponemos en contacto con Vorzyd 5 hasta que tengamos una idea muy clara de lo que está pasando aquí.

—Por supuesto —asintió Qui-Gon.

—Tengo la impresión de que... no todo es lo que parece en Vorzyd 4 —prosiguió Obi-Wan—. Hay algo más aquí, algo... Algo secreto.

Qui-Gon asintió de nuevo. Él también lo había percibido, pero no lo había identificado hasta que oyó a Obi-Wan hablando de ello. Había un secreto en Vorzyd 4. Tendrían que actuar con suma cautela.

Qui-Gon se tumbó y respiró hondo. A su lado. Obi-Wan hizo lo mismo. Había sido un día raro, y Qui-Gon estaba ansioso por comenzar su meditación. Pero tras varios minutos de intentar relajarse, la tranquilidad de la que solía gozar no llegó.

En lugar de eso, su mente se llenó de imágenes de Obi-Wan. Obi-Wan de pequeño en un duelo de prácticas con el estudiante Jedi Bruck Chun, dejándose guiar por su ira, en lugar de por su instinto. Una imagen de Obi-Wan, al que tuvo que acudir a ayudar a Melida/Daan, para encontrarlo herido, humillado y con el valor suficiente como para afrontar sus errores, incluso si eso significaba no llegar a Jedi jamás. El chico había crecido

mucho en los últimos cuatro años. Más que en altura y fuerza, en aprender a confiar en sí mismo, en sus instintos y en la Fuerza.

Le vino otra imagen de Obi-Wan a la mente. Un Obi-Wan más maduro, preparado para comenzar el difícil camino de las pruebas. Muy pronto sería más hombre que niño. Tendría que dar el salto y convenirse en un Caballero Jedi.

Qui-Gon sintió una punzada de orgullo y tristeza cuando se imaginó al Maestro Obi-Wan Kenobi. Estaba ansioso por que llegara el día en que ambos trabajaran mano a mano, como caballeros Jedi, pero con ese pensamiento no le llegó ninguna imagen. Sintió una congoja en el pecho. Estaba muy orgulloso de la trayectoria de Obi-Wan, de sus logros. ¿Por qué no podía verle como Maestro Jedi? *Quizá no quiera que el chico crezca*, pensó.

El ruido de la puerta al cerrarse distrajo a Qui-Gon de sus pensamientos. Abrió los ojos inmediatamente y vio que la habitación estaba vacía. Obi-Wan se había ido.

Capítulo 5

Obi-Wan se movió en silencio por el pasillo, hacia la salida. Al contrario que su Maestro, estaba demasiado inquieto como para meditar. Aunque en ocasiones deseaba tener la capacidad de Qui-Gon para tranquilizar su mente, ya había aprendido que había momentos en los que era simplemente imposible, y que era mejor aceptarlo. Había momentos en los que lo mejor era darle un uso más activo a su energía.

El pasillo del edificio de retiro estaba oscuro y silencioso, y Obi-Wan estaba saliendo por la puerta cuando escuchó un sonido que rompió el silencio. Sorprendido, dio media vuelta. ¿Había oído una risa?

Obi-Wan se encaminó hacia la fuente del sonido. Al doblar una esquina, vio a dos vorzydianas, una joven y una anciana, juntas en una de las habitaciones de retiro. La anciana yacía en su cama, mientras la joven estaba de pie, apoyada tranquilamente contra la pared.

—Qué tonterías hacía el abuelo —dijo la vorzydiana más joven.

La anciana asintió.

—Eso es lo que me encantaba de él —sonrió, y su pequeño y delgado cuerpo pareció llenarse de energía cuando se enderezó en la cama—. Era como un soplo de aire fresco. Pero, claro, ya no se nos permite hacer ese tipo de tonterías. Y menos ahora.

La joven vorzydiana asintió solemnemente.

—Las cosas van a cambiar, abuela —dijo. Miró cl reloj que tenía en el cinturón y se impulsó para separarse de la pared, en dirección a su abuela—. Tengo que irme, pero vendré pronto.

La abuela acarició el rostro de su nieta con las antenas. Tenía la mirada muy triste.

—Prométemelo —le pidió en voz baja—. No me queda mucho tiempo.

La chica frunció el ceño y negó con a cabeza.

—No digas eso, abuela. Vas a vivir muchísimo tiempo —envolvió a su abuela con las antenas y se quedaron así un rato.

Pese a las palabras de la chica. Obi-Wan se dio cuenta de que ella sabía que la anciana tenía razón. Su aspecto era de lo más débil, y parecía que sus sistemas vitales estaban comenzando a fallar.

—A traba... —la anciana interrumpió la despedida tradicional vorzydiana—. Adiós, entonces —le dijo con una triste sonrisa.

—Nos vemos pronto, abuela —respondió la chica casi en un susurro, pero esperó unos segundos más antes de separar las antenas de su abuela. Luego dio media vuelta y se marchó de la habitación.

Obi-Wan se agazapó en una esquina, sin saber si la chica le había visto. Se sintió un poco culpable porque resultaba obvio que era una visita privada, pero le alegró saber que había relaciones emocionales en Vorzyd 4. Le dio un atisbo de esperanza.

La chica recorrió rápidamente el pasillo y salió al exterior. Obi-Wan la siguió. En cl exterior, la noche estaba oscura y tranquila. No se oía nada aparte de los pasos de la chica. Casi todo el planeta estaba durmiendo.

Mientras ella entraba en un edificio cercano, otra figura apareció justo en la puerta de la casa de los Port. Obi-Wan supuso que era Grath, el hijo del presidente. Sintió una leve emoción. Ya había reunido valiosa información aquella noche, y quizá podría recoger todavía más antes de que salieran los soles.

Mirando a su alrededor con expresión furtiva. Grath cruzó la calle, hacia la plataforma del trasbordador. Aquello sorprendió a Obi-Wan. Si casi todo el mundo estaba dormido, ¿por qué seguía habiendo trasbordadores? No era un uso muy efectivo del transporte.

Mientras Obi-Wan se ocultaba entre las sombras, Grath esperó en el andén. Poco después apareció un trasbordador de mantenimiento que se detuvo y abrió sus puertas para dejarle entrar.

Obi-Wan se dio cuenta de que no podría abordar el transporte sin que le vieran, lo cual le dejaba una única opción...

Examinando rápidamente el exterior del vehículo, se fijó en una barra de duracero que recorría toda la parte superior. Estaba a unos metros por encima de su cabeza y era muy estrecha. No estaba seguro de que aquello fuera a soportar su peso, o de si podría agarrarse sin problemas. No tendría nada en lo que apoyar los pies, y tampoco tenía ni idea de cuánto iba a durar el viaje.

No le quedaba mucho tiempo para pensar. En ese momento, las puertas comenzaron a cerrarse. Saltó del andén y se agarró a la barra. Sus dedos se curvaron alrededor del saliente, asegurándole un agarre inestable.

Aquello no iba a ser divertido.

El pequeño trasbordador fue tomando velocidad y muy pronto avanzaba acompañado del rugido del motor. Obi-Wan intentó ignorar el dolor de los brazos y los dedos para poder concentrarse en la conversación que se desarrollaba en el interior del vagón. Con el ruido del transporte y el viento, era difícil enterarse, pero una de las ventanas estaba abierta y de vez en cuando podía escuchar pequeños extractos.

—La reunión... La mejor hasta el momento... La atención de nuestros padres...

Mientras escuchaba, Obi-Wan se dio cuenta de que acababa de descubrir el secreto de Vorzyd 4. Los jóvenes del planeta se traían algo entre manos. Ocurría mucho más de lo que los trabajadores adultos podían imaginar. Incluso era probable que los jóvenes fueran los responsables del sabotaje.

Obi-Wan se preguntó qué motivos podían tener los chicos, así como cuál sería su próxima broma. Entonces miró a su derecha: el trasbordador estaba a punto de entrar en un estrecho túnel, y no había sitio para él.

Capítulo 6

Obi-Wan se apretó cuanto pudo contra la pared del trasbordador, que entró en el túnel. La dura superficie de durocemento raspó la parte de atrás de su túnica, pero no le llegó a la piel. Un momento después, el túnel se amplió, y el trasbordador se detuvo chirriando.

Obi-Wan estuvo a punto de salir despedido. Con toda la determinación de la que disponía, se agarró con fuerza a la barra. Tenía los nudillos blancos y las puntas de los dedos le latían de dolor, pero no podía caerse, no podía arriesgarse a que le descubrieran. Tras lo que le pareció un largo rato, la nave se detuvo totalmente. Obi-Wan respiró hondo y se deslizó con cuidado al suelo.

Las puertas del vehículo volvieron a abrirse, y Grath salió junto al conductor. Obi-Wan pudo ver que era una chica. Ambos desaparecieron por un pasillo mientras charlaban animadamente.

Obi-Wan les siguió a unos pasos de distancia. El pasillo estaba oscuro, y tenía que andar con cuidado porque el suelo no era regular.

Grath y la chica recorrieron un laberinto de pasillos y subieron una serie de tramos de escaleras. Obi-Wan se dio cuenta de que los chicos vorzydianos andaban con rapidez, como los adultos. Supuso que era una cuestión de eficiencia, pero su animada conversación no tenía nada que ver con el limitado método de comunicación de sus padres.

Al terminar de subir las escaleras, se encontraron en un edificio de oficinas desierto. Los escritorios vacíos y las mesas y sillas polvorientas estaban repartidos por el lugar, que claramente llevaba un tiempo sin utilizarse. Había un gran grupo de jóvenes reunido en un enorme despacho vacío. Obi-Wan decidió no entrar en la sala y se escondió detrás de un escritorio justo a la entrada.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó uno de los chicos cuando entraron Grath y la chica.

—Un cuelgue del trasbordador —respondió Grath lentamente.

Hubo un silencio, y Obi-Wan temió por un momento que Grath se estuviera refiriendo a él. Pero, si le había visto, el chaval no tenía ninguna razón para disimular.

—Nania ha llegado tarde —añadió Grath.

Obi-Wan suspiró aliviado.

—Mis padres me estaban vigilando de cerca —explicó Nania—. Tuve que esperar a que se durmieran.

—Bueno, pues ya estáis aquí —dijo una voz masculina—. La reunión de los Libres puede dar comienzo oficialmente.

Hubo un momento de silencio, y todos dejaron caer los brazos como muertos. Entonces hablaron al unísono, diciendo: "Esto será un secreto. Esto será pacífico. Esto será una sorpresa." Las palabras resonaron en las paredes.

Obi-Wan se quedó asombrado ante lo diferente que era aquel canto en comparación con el zumbido grave que reproducían los trabajadores al terminar su jornada. El canto de los chicos sonaba vivo y lleno de energía.

Tras recitar las reglas, comenzó la reunión. Por lo que Obi-Wan pudo averiguar, el tema se centró en los informes ofrecidos por los jóvenes con respecto a los últimos actos de sabotaje. Hablaron por turnos, contándose unos a otros lo que habían hecho y cómo habían salido las cosas. Había gran animación en sus voces, pero también sabían esperar su turno con paciencia. La reunión estaba llena de energía, pero también de organización.

—Hemos cambiado las señales de tráfico, y los trabajadores llegaron una hora tarde a sus puestos —informó uno de ellos.

—Mi padre llegó furioso a casa por eso —intervino una chica—, pero creo que vi a mi madre sonreír cuando se lo contó.

—Bien —dijo Grath—. Queremos que piensen.

—Las falsas órdenes de trabajo que enviamos a la fábrica de electrónica confundieron a todo el mundo —dijo otra voz—. Y lo cierto es que estuvieron introduciendo coordenadas equivocadas en la máquina durante la mitad de la mañana.

—Me parece que las máquinas se pusieron a reproducir música en lugar de ruido de fondo — informó otra voz.

—¿Pero sabía alguien que aquello era música? —preguntó una chica.

Obi-Wan escuchaba atento, y se sintió dividido. No estaba seguro de que lo que estaban haciendo los chicos estuviera bien. Ya había podido comprobar por sí mismo que estaban causando confusión y angustia entre los adultos. Y las acusaciones contra Vorzyd 5 eran injustas. Pero tenía que admitir que si él fuera un chaval de Vorzyd 4, le encantaría gastar bromas como aquéllas. Sobre todo teniendo en cuenta el futuro triste y lleno de trabajo que le esperaría. Y los chicos estaban trabajando juntos, haciendo funcionar sus mentes de un modo creativo. Por no mencionar que era obvio que confiaban en los demás, que se llevaban bien y que se ayudaban unos a otros. Eso era mucho más que lo que podían decir los trabajadores.

Además, pensó Obi-Wan, lo cierto era que nadie estaba saliendo perjudicado. Las normas de los Libres dejaban claro que las travesuras tenían que ser inofensivas. Y aunque no podía estar seguro, sospechaba que tenían un buen motivo. Un motivo en el que Obi-Wan también creía.

De repente le vinieron imágenes de Melida/Daan a la cabeza. Muerte, destrucción...

Melida/Daan era un planeta arrasado por generaciones y generaciones de guerras civiles donde un grupo llamado los Jóvenes estaba intentando poner fin al conflicto armado. Obi-Wan simpatizó profundamente con su causa, e incluso abandonó la senda Jedi para unirse a ellos.

Aquella decisión fue un error. Aunque las ideas de los Jóvenes eran buenas y justas, la situación era complicada. Los líderes estaban enfrentados, y las mentiras databan de muchas generaciones atrás. Muchos de los Jóvenes fueron asesinados, y se produjo una masacre en el planeta. Obi-Wan se vio atrapado en la batalla. Cuando todo acabó se sintió tan devastado como el propio planeta. Se sentía muy agradecido por el hecho de que el Consejo Jedi le hubiera aceptado de nuevo. Sabía por experiencia que era peligroso creer demasiado rápido en las causas de los demás.

De repente. Obi-Wan se sintió agobiado bajo el escritorio. Necesitaba aire y espacio. Se enderezó y se sintió mejor. Además, así podía ver a los jóvenes en el despacho. Se dio cuenta de que algunos de ellos habían adornado su mono con jirones de tela de vivos colores. Otros llevaban en la cabeza pañuelos o sombreros hechos por ellos mismos. El grupo seguía charlando animadamente. Perdido en sus pensamientos. Obi-Wan no se fijó en la chica que se aproximaba hacia él.

—Oye, ¿qué haces tú aquí? —le preguntó.

Sorprendido. Obi-Wan alzó la mirada y se puso la capucha rápidamente para ocultar el hecho de que no tenía antenas. Por suerte, la oficina estaba bastante oscura.

—No me encuentro bien —dijo Obi-Wan, levantándose rápidamente—. He venido aquí a descansar, pero creo que me voy a ir a casa.

La chica le miró con curiosidad.

—¿Por qué llevas esa ropa tan rara? —le inquirió.

Obi-Wan se miró el hábito Jedi.

—Es mi albornoz nuevo. Tuve que escaparme en el último minuto y no me dio tiempo a cambiarme —miró la túnica sencilla de la chica y esperó que los vorzydianos tuvieran otro tipo de pijamas—. Qué pintas, ¿eh? —añadió tímidamente.

—Pues sí —respondió la chica. Obi-Wan vio que ella parecía dudar, pero sonrió antes de irse por el pasillo y salir por la puerta.

Mientras bajaba los escalones, suspiró de alivio. De momento, se había salvado.

Capítulo 7

Qui-Gon abrió los ojos y se enderezó con un movimiento fluido. La habitación estaba oscura, pero no necesitaba mirar el reloj para saber que era muy tarde. No necesitaba mirar la cama vacía para saber que la habitación seguía vacía, que Obi-Wan no había regresado.

¿Dónde está?, pensó Qui-Gon, frustrado. *Tendría que haber hablado conmigo antes de marcharse.*

Metió la mano en el bolsillo de la túnica, cogió el intercomunicador y lo encendió. Estaba a punto de contactar con su padawan cuando algo le dijo que no lo hiciera.

Dejemos que el chico investigue. Ya no es un niño que necesite instrucciones constantes. Quizás esté haciendo algo importante, y sus investigaciones podrían ser buenas para la misión.

Qui-Gon soltó el intercomunicador con un suspiro. De nuevo le vinieron a la cabeza multitud de imágenes de su padawan. Imágenes de un chico impaciente y con talento que estaba haciéndose un hombre. Habían pasado mucho juntos: venganza, engaños, guerras, muerte. Y las cosas no siempre habían ido bien entre ellos. Cada uno tenía un carácter fuerte, y esos caracteres chocaban de vez en cuando. Pero también habían aprendido a depender y a confiar el uno en el otro. Más que un equipo Jedi formidable, eran dos personas que se apreciaban y que tenían una verdadera amistad.

Mientras contemplaba la habitación vacía. Qui-Gon deseó que Obi-Wan nunca dejara de ser un niño. No quería que cambiara, que creciera.

Si lo hace, le perderé, pensó. Igual que perdí a Tahl.

A Qui-Gon le horrorizó su propio deseo. ¿Cómo podía anhelar algo así? Obi-Wan tenía que vivir su vida, su destino. No correspondía a Qui-Gon interferir o desear que las cosas fueran distintas a como eran.

Volvió a tumbarse en la cama, pero la culpa y la tristeza le impedían dormirse. Intentó dejar que las emociones fluyeran hacia el exterior.

Tardaron mucho tiempo en salir.

***

Qui-Gon estaba descansando tranquilamente cuando Obi-Wan regresó. Cuando su padawan cerró la puerta, Qui-Gon pudo percibir su excitación. 1.a energía manaba del chico como una corriente eléctrica. Qui-Gon se enderezó.

Obi-Wan encendió una lamparita y se sentó en su cama.

—Maestro —dijo con los ojos relucientes—. Tengo noticias. He averiguado muchas cosas que nos ayudarán en esta misión.

Qui-Gon sonrió. Hace apenas un año. Obi-Wan le habría soltado las noticias con los nervios propios de un niño. Ahora lo estaba presentando de forma lógica, pese a que estaba muy emocionado.

—Adelante —le ayudó Qui-Gon con suavidad.

—Son dos cosas —explicó Obi-Wan—. La primera es que los vorzydianos son capaces de compartir fuertes lazos emocionales. Vi a una chica con su abuela y, a juzgar por su interacción, era obvio que se querían mucho.

Qui-Gon se alegró al oír aquello. De alguna forma, le consolaba enterarse de que los nativos de aquel planeta tenían más sentimientos de los que mostraban.

—¿Cuál es el otro dato?

—Es algo todavía más importante —dijo Obi-Wan—. Vorzyd 5 no es responsable de ninguno de los sabotajes.

Qui-Gon alzó las cejas.

—Y supongo que vas a decirme quién es el auténtico responsable.

Obi-Wan aspiro hondo.

—Los Libres. Jóvenes vorzydianos.

Qui-Gon se quedó callado un momento para poder asimilar la información. Aquello trastocaba considerablemente la misión.

—Seguí a unos chavales a una reunión secreta y les estuve espiando desde la entrada —explicó Obi-Wan—. Si consiguiera hacerme pasar por vorzydiano podría fingir mi adhesión a la causa y obtener información sobre los chavales y lo que están intentando hacer. De esa manera podríamos...

—Ni hablar —interrumpió Qui-Gon—. La infiltración no forma parte de nuestra misión. Tenemos que contar al presidente Port lo que está pasando.

Obi-Wan abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. Qui-Gon tuvo la impresión de que a su padawan le había costado toda su voluntad no explotar de frustración.

Obi-Wan se tomó un rato para recomponer sus pensamientos, poniéndose en pie y paseando por la habitación antes de girarse hacia su Maestro. Qui-Gon casi podía ver los mecanismos de la mente del chico en funcionamiento

—Es obvio que esta sociedad no funciona —dijo finalmente Obi-Wan con voz tranquila—. No trabaja para su pueblo. Las acciones de los jóvenes son un patente grito de ayuda. Si no tenemos cuidado con la forma de revelar su movimiento, nos arriesgamos a estropearlo todo. Lo mismo nos daría despedirnos de cualquier esperanza de cambio.

Obi-Wan dejó de hablar un momento, pero siguió mirando fijamente a su Maestro. Qui-Gon se dio cuenta de que no iba a ceder.

—Los habitantes de Vorzyd 4 se verían más beneficiados si preparásemos a ambas partes para el enfrentamiento que nos espera —terminó de decir Obi-Wan—. Seguiría siendo una mediación, sólo que no tendría lugar entre las partes que nosotros pensábamos.

Qui-Gon miró a su padawan. Estaba de pie junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. En sus ojos ardía la llama de la determinación, pero no había ira. Simplemente creía que aquél era el mejor procedimiento a seguir para la misión.

Qui-Gon no estaba de acuerdo. El Consejo no les había enviado para infiltrarse entre los vorzydianos. Sólo tenían que explicar que Vorzyd 5 no era culpable y dejar que Vorzyd 4 solucionara sus propios problemas. Los Jedi se dedicaban al mantenimiento de la paz, no a la política o al espionaje.

Pero lo cierto es que las misiones no solían salir según lo planeado. Y aquélla no iba a ser una excepción. Nada en Vorzyd 4 era como se lo habían esperado. La cena que habían compartido con los Port no había sido sólo culturalmente distinta, sino incómoda y artificial. Se había dado cuenta de que Bryn no era feliz, que quizá incluso estaba deprimida. Las relaciones intergeneracionales podrían describirse como poco sanas, pero ¿era ésa la mejor forma de arreglarlo?, y ¿tenían jurisdicción para ello?

Qui-Gon se puso en pie y fue de un lado a otro. ¿Acaso no estaba diciendo constantemente a Obi-Wan que se fiara de sus instintos? ¿Cómo podía ofrecer semejante orientación al chico si no le dejaba guiarse por ella?

Porque tienes miedo de dejarle volar, miedo del día en que ya no seas su Maestro.

—¿Maestro? —la voz de Obi-Wan se abrió paso entre sus pensamientos. No era su intención guardar silencio durante tanto tiempo. Obi-Wan le miraba fijamente, esperando paciente tina respuesta.

Qui-Gon dio un profundo suspiro.

—Puedes reunir información durante tres días —dijo—, pero tienes que mantenerme informado de todo lo que ocurra. Y si después de ese tiempo no has convencido a los Libres de que tienen que darse a conocer y hablar de sus problemas con los adultos, tendré que informar de su relación con los contratiempos al presidente Port.

Obi-Wan dejó caer las manos y sonrió. En sus ojos azules había gratitud.

—Gracias —dijo.

Qui-Gon asintió. No estaba seguro en absoluto de haber tomado la decisión correcta.

Capítulo 8

Obi-Wan comenzó inmediatamente a formular sus planes. Estaba un tanto sorprendido de que Qui-Gon hubiera dejado la misión en sus manos, pero también se sentía encantado. Era la primera vez que Qui-Gon le concedía tanta responsabilidad.

Quizás esté empezando a considerarme un compañero, y no sólo un alumno, pensó Obi-Wan. El joven Jedi llevaba mucho tiempo esperando una oportunidad como aquélla y estaba decidido a aprovecharla.

Tumbado en su cama. Obi-Wan recopiló lo que había podido oír en la reunión de los Libres. Cuanto más recordara, más oportunidades tendría de infiltrarse con éxito. A él le pareció que acababa de quedarse dormido, cuando su Maestro le despertó con delicadeza.

—Es hora de levantarse —dijo Qui-Gon—. Los Port estarán esperando.

Obi-Wan se levantó y se vistió rápidamente. Pero cuando llegaron a la morada de los Port, la familia ya había salido rumbo a su jornada diaria. En la mesa había kibi frío y patot panak, y los Jedi se sentaron a desayunar pese a que la comida no parecía especialmente apetitosa.

Un mensaje del panel de datos pedía a los Jedi que acudieran en cuanto pudieran al despacho del presidente Port, en la zona laboral. Quería contactar de inmediato con Vorzyd 5.

—Tendré que ingeniármelas para detenerle —dijo Qui-Gon en voz alta mientras mordía un panak.

Obi-Wan asintió.

—Me gustaría visitar la escuela vorzydiana hoy. Maestro —dijo—. No tiene sentido esperar a que se celebre otra reunión secreta. Sería perder un tiempo valioso.

—Sí, puede que tengas razón, pero ten cuidado. padawan —se detuvo y añadió—: Y supongo que no me hace falta decirte que mantengas ojos y oídos abiertos en todo momento, porque gracias a eso hemos llegado adonde estamos ahora.

Obi-Wan pensó por un momento que su Maestro le estaba reprendiendo, pero Qui-Gon le miraba divertido desde el otro lado de la mesa.

—No, no hace falta —asintió Obi-Wan.

Cuando Qui-Gon se marchó de la zona residencial. Obi-Wan fue al contenedor de ropa de Grath y cogió prestado un mono sencillo. Luego, para ocultar el hecho de que carecía de antenas, se fabricó un improvisado turbante utilizando la capucha de su hábito.

—No es exactamente moderno —se dijo, mirando su ridículo reflejo. Algunos de los chicos que había visto la noche anterior llevaban prendas creadas por ellos y sombreros caseros, en un intento por destacar y parecer distintos. Con suerte, su sombrero podría pasar por un signo de identidad y nadie sospecharía de su función de encubrimiento.

Se miró por última vez en el reflector y abandonó la residencia en dirección a la plataforma del trasbordador. Era media mañana, y casi todos los trabajadores estaban ya en el trabajo. El vagón estaba casi vacío.

La ciudad estaba cuidadosamente organizada, así que no le resultó difícil encontrar la zona educativa. Obi-Wan supuso que los edificios educativos serían como los demás, y acertó. Tres estructuras idénticas, en fila y de aspecto anodino albergaban estudiantes de diferentes edades.

Al rodear los edificios. Obi-Wan echó un vistazo a todas las clases que pudo. Excepto por su edad, todos los estudiantes parecían exactamente iguales. Las miradas gélidas

estaban fijas en las enormes pantallas de las salas. Los adultos introducían lo que sólo podían ser técnicas de trabajo en las mentes de los alumnos. La institución parecía más una instalación de formación laboral que una escuela.

Pero Obi-Wan sabía por experiencia que había muchos tipos de escuela en la galaxia. Recordó de repente el horrible Círculo de Aprendizaje keganita. Pese al calor, se estremeció al recordar el "colegio" en el que Siri, otro padawan y él habían sido retenidos.

En la escuela para el Aprendizaje, los jóvenes recibían un lavado de cerebro para creer cosas que no eran ciertas, y los niños difíciles o enfermos eran encerrados de por vida. Vorzyd 4 no era en absoluto el único sitio en el que a los chicos se les impedía desarrollar sus propias ideas. Por segunda vez en lo que iba de mañana. Obi-Wan se sintió agradecido de que su Maestro le hubiera dejado la libertad de poder determinar el curso de aquella misión. De poder intentar resolver un problema por sí solo, a su manera. No quería decepcionarse a sí mismo ni a su Maestro, y se sintió más decidido que nunca a conseguir que el plan funcionara.

Obi-Wan dobló una esquina y se asomó a un pequeño portal cuadrado. En el interior había una habitación austera. Grath y otros chavales presentes en la reunión de la noche anterior estaban sentados en unas camas. La estancia parecía una enfermería, pero ninguno de los presentes daba señales de encontrarse mal.

De hecho, todos estaban sentados charlando animadamente.

Obi-Wan se acercó más a la puerta, esperando obtener una mejor perspectiva y quizás oír lo que estaban hablando. Pero justo en ese momento la puerta se abrió y una vorzydiana adulta entró en la sala. De repente. todos los chicos se tumbaron, fingiendo encontrarse mal o estar dormidos. La vorzydiana miró a cada alumno cuidadosamente, fijándose especialmente en Grath. Entonces, aparentemente satisfecha, abandonó la estancia.

En cuanto se cerró la puerta, los chicos volvieron a incorporarse en las camas y reanudaron la charla. Una joven se puso en pie y comenzó a gesticular para subrayar sus palabras. Obi-Wan la reconoció como la chica que le había descubierto en la reunión de la noche anterior.

Parecía que estaban planeando algo, y Obi-Wan quería enterarse de qué era.

Se alejó del portal y se concentró en su temperatura corporal. Muy pronto comenzó a sentir un calor cosquilleando en sus miembros: se había provocado una subida de fiebre. Fiebre vorzydiana, o al menos eso esperaba.

Rodeó el edificio y encontró la puerta de la enfermería, la abrió y entró.

—¡El botón! —gritó alguien.

—¡Rápido! —exclamó otra voz.

—¡La puerta!

Tras un momento de confusión. Obi-Wan entendió lo que pasaba. Los chicos querían que mantuviera la puerta abierta para poder salir porque, obviamente, no podían accionarla desde dentro. Al pulsar un botón. Obi-Wan pudo evitar que se cerrara. Los cuatro chavales saltaron de la cama y salieron en tromba hacia la luz del sol.

—¿Qué pasa con Tray? —preguntó Grath, girándose hacia Obi-Wan.

Obi-Wan se encogió de hombros, esperando que eso bastara como respuesta.

—Bueno, me alegro de que alguien se haya encargado de dejarnos salir —dijo la chica que gesticulaba—. Ha sido difícil convencer a la enfermera de que estábamos malos.

—Vamos —dijo Grath mirando a su alrededor—. Salgamos de aquí antes de que alguien nos vea.

Echaron a correr por un camino de durocemento, alejándose de la zona educativa, y su conversación se reanudó.

—Creo que deberíamos intentar sacar a más gente de clase la próxima vez —dijo uno de los más jóvenes—. El formador Nalo está tan obsesionado con sus manuales que no se dará ni cuenta.

—No podemos arriesgarnos a que nos descubran —respondió una chica. Obi-Wan creyó identificarla como la conductora del trasbordador de la noche anterior, pero no estaba seguro.

El grupo ya se había alejado considerablemente de la zona educativa, y aminoraron la marcha para adoptar el típico y acelerado ritmo vorzydiano.

—Este nuevo plan ya es bastante complicado sin tener que contar con más Libres para poder llevarlo a cabo —explicó Grath—. Tienen que concentrarse en la parte del plan que les corresponde: conseguir que los chicos más adiestrados puedan pensar diferente también.

Grath se detuvo y se giró hacia el chico.

—Pero está bien que sigas aportando opiniones, Flip —añadió.

Le dedicó una sonrisa al chico, que sonrió de oreja a oreja. Era obvio que admiraba al líder de los Libres.

Grath dio unas rápidas zancadas y se giró, sin dejar de caminar hacia atrás.

—A trabajar, ¿no? —gritó con una sonrisa.

El grupo soltó una carcajada y echó a correr tras su líder. Obi-Wan sintió una oleada de energía mientras se apresuraba para mantener el ritmo.

Capítulo 9

Qui-Gon veía pasar a toda velocidad los inexpresivos edificios hexagonales por la ventana del trasbordador en el que se dirigía hacia la zona laboral de la ciudad. Las vistas eran de lo más insulsas, y los pensamientos de Qui-Gon se centraron en Obi-Wan.

Qui-Gon había esperado a la puerta de la residencia de los Port y vio a su padawan subirse en el trasbordador rumbo a la zona educativa. No quería espiarle, pero algo le retuvo ahí. Al contemplar a Obi-Wan subiendo con total confianza en el trasbordador, seguro de sus capacidades y de su plan. Qui-Gon sintió la misma punzada emotiva de la noche anterior.

Aquel sentimiento era nuevo para él, y tan desconocido que le desconcertaba. No estaba seguro de por qué se sentía reacio a permitir que Obi-Wan se encargara de la misión por sí solo. ¿Era porque tenía miedo de perderle o porque estaba preocupado por la seguridad del chico?

—Sector de Producción Siete —dijo una voz inexpresiva.

Qui-Gon se sobresaltó al darse cuenta de que era su parada, y agradeció que la anunciaran por megafonía. No había ninguna marca en el paisaje que le ayudara a encontrar el camino a las oficinas de Multycorp en las que había estado el día anterior. Salió del vagón tras unos trabajadores y procuró despejar su mente. Tenía que concentrarse en la misión.

A su alrededor, enjambres de vorzydianos se apresuraban a llegar a sus puestos de trabajo. Qui-Gon se preguntó cómo podían alimentar su entusiasmo por el trabajo los vorzydianos. Parecían tener mucha prisa por llegar al trabajo, y estaban casi frenéticos.

Sin dejar de pensar en cómo parar los pies del presidente, Qui-Gon se subió en el turboascensor, rumbo a la planta veinticuatro. Pero antes de llegar al despacho del presidente percibió que algo no iba bien. De repente se dio cuenta de que los vorzydianos que salían del trasbordador estaban nerviosos por algo que no tenía que ver con llegar pronto al trabajo.

Las puertas del turboascensor se abrieron en la planta veinticuatro. Al salir. Qui-Gon se encontró con una perturbadora escena... y un ruido.

Un zumbido insectoide grave, mucho más enervante que el que había oído la tarde anterior, rebotaba en las paredes y resonaba en la estancia. Los trabajadores se mecían de adelante atrás en sus sillas, como niños confundidos, murmurando en voz baja.

En el interior de la sala de reuniones, el presidente Port daba vueltas alrededor de la mesa. Le temblaban las antenas y sus ojos parecían más grandes de lo normal. Cuando entró Qui-Gon, estuvo a punto de lanzarse sobre él.

—Por fin —dijo en un tono de voz más elevado de lo normal—. Se ha producido otro ataque. ¡Tenemos que contactar con Vorzyd 5 inmediatamente!

—Todo a su tiempo —dijo Qui-Gon con tranquilidad—. Primero cuéntame lo que ha pasado.

—Es horrible —dijo el presidente, caminando cada vez más deprisa alrededor de la mesa—. El peor incidente hasta el momento. El ordenador central. Controla toda la red. Se ha estropeado. Estamos todos desconectados.

A Qui-Gon le dio la impresión de que el presidente se iba a poner a llorar, o a pronunciar aquel zumbido ininteligible. Tuvo que tranquilizar al líder. Sin la ayuda de Port le resultaría imposible calmar a las masas vorzydianas.

Qui-Gon avanzó al extremo opuesto de la sala y se interpuso en el camino del presidente. Port dejó de dar vueltas.

—Primero cuénteme qué es el ordenador central —dijo Qui-Gon con firmeza—. Luego le diré lo que tiene que hacer.

El presidente alzó la vista para mirar al Jedi. Qui-Gon vio que algo cambiaba en su rostro, como si de repente se hubiera dado cuenta de que tenía que controlarse. Pero no estaba seguro de que Port supiera cómo.

—Sí, sí, sí —dijo el presidente Port—. Tenemos que volver a trabajar. A trabajar —las antenas parecieron temblar más lentamente.

—¿Qué es el ordenador central? —repitió Qui-Gon.

—Está en el subsótano. Hay que coger el turboascensor hasta la planta S-uno.

Qui-Gon asintió.

—Llama a los técnicos y avísales de que voy para allá. Y. cuando lo hayas hecho, asigna tareas a los trabajadores. Ponte en contacto con los responsables de sección. Que todo el mundo se mantenga ocupado hasta que vuelva la conexión. Da igual lo que hagan. Pero que estén a salvo y ocupados. Ése es tu trabajo —Qui-Gon hizo especial hincapié en la última palabra.

El presidente asintió. Pareció aliviado de tener por fin una misión, y Qui-Gon esperó que las tareas simples también tranquilizaran a los otros vorzydianos. Pero no tenía tiempo para quedarse a comprobarlo.

El turboascensor estaba lleno de trabajadores confusos. Muchos de ellos se mecían de adelante atrás. Otros estaban tapándose los oídos. En lugar de abrirse paso entre la enloquecida multitud. Qui-Gon se dirigió a las escaleras y comenzó a descender.

Al llegar a la vigésimo tercera planta, se dio cuenta de que muchos de los vorzydianos estaban intentando anular el ruido. Los ordenadores de la planta veintitrés emitían agudos pitidos al encenderse y apagarse. Se dio cuenta de que probablemente era mucho peor para los vorzydianos, por su sensibilidad auditiva. Para él, era un ruido irritante y caótico. Pero escuchó atentamente lo bastante como para darse cuenta de que no era aleatorio.

El caos fue incrementándose a medida que iba bajando plantas. En Montaje ocho, las máquinas de la cadena también estaban encendiéndose y apagándose, emitiendo agudos tonos en el proceso. Los trabajadores eran totalmente incapaces de aguantarlo. Se ponían contra la pared, estremeciéndose, mientras un producto alimenticio pegajoso caía a la cinta transportadora y luego al suelo.

Recepción cuatro tampoco estaba mucho mejor. Unos enormes tanques que había que colocar bajo las tuberías receptoras estaban colapsados. El grano se estaba saliendo, generando pequeñas montañitas en todo el área, así como un resbaladizo peligro para los asustados vorzydianos. Unos cuantos trabajadores que habían caído al suelo yacían allí entre temblores, mientras otros les observaban horrorizados, demasiado confundidos para ofrecerles su ayuda.

Qui-Gon negó con la cabeza. Cuando las cosas no salían según lo planeado, los vorzydianos resultaban extremadamente indefensos. No recordaba haber visto nunca una inflexibilidad de pensamiento semejante. En la vida de un Jedi, las cosas rara vez salían según lo planeado. La improvisación era una necesidad para los Jedi.

Qui-Gon llegó por fin al subsótano. Había menos vorzydianos en esa planta. por lo que Qui-Gon pudo distinguir con mayor claridad la entonación de las máquinas, los tonos y los ritmos. Se detuvo un momento a escuchar estuvo a punto de echarse a reír, pero se lo

impidió un sollozo. Para los vorzydianos aquello no era cosa de risa.

Qui-Gon bajó por el pasillo de durocemento en dirección a una vorzydiana situada junto a una enorme estancia llena de circuitos. Algunos de ellos estaban fallando, y la pobre trabajadora los miraba horrorizada, moviendo los brazos torpemente de arriba abajo. Era obvio que no sabía qué hacer.

A Qui-Gon le hubiera encantado tranquilizarla, pero sabía que sería más útil encontrar el ordenador central. Dio media vuelta y regresó por el pasillo.

El técnico de la gran terminal pulsaba botones como loco, pero los pilotos luminosos continuaban parpadeando. Se asustó cuando vio a Qui-Gon, aunque dio a entender que le estaba esperando.

—No hay nada averiado —chilló—. No hay fallos eléctricos ni mecánicos. No es lógico.

—No es un fallo mecánico —asintió Qui-Gon—, pero sí tiene lógica. El ordenador está poniendo música. Está dirigiendo a las máquinas del edificio para que toquen una melodía determinada.

—¿Una qué? —el técnico dejó de pulsar botones lo suficiente como para mirar fijamente a Qui-Gon.

—Alguien se ha dedicado a juguetear con vuestro sistema — explicó Qui-Gon —. El ordenador está tocando música.

El técnico puso una mueca de disgusto.

—Igual que en Vorzyd 5. Les encanta jugar. Es lo único que hacen —soltó un gruñido—. El juego impide la productividad.

Qui-Gon ayudó en silencio al técnico a encontrar y eliminar el comando erróneo. Cuando supieron lo que buscaban, no tardaron mucho. Y cuando eliminaron el comando, los pitidos agudos del edificio se detuvieron.

Hubo un silencio casi total en el subsótano, y de repente. Qui-Gon escuchó un grito que le resultaba familiar. Abandonó al técnico y corrió por el pasillo. La vorzydiana que había visto antes seguía chillando, pero tenía los brazos y las antenas inmóviles. Parecía estar paralizada de miedo.

Qui-Gon había supuesto que los circuitos estaban conectados con el sistema informático. Y había supuesto que cuando se solucionara el problema informático, los circuitos dejarían de fallar.

Pero se equivocó.

Al acercarse, se dio cuenta de que se hallaba ante los circuitos de toda la zona laboral de la ciudad. Era la red de la que Port le había hablado. El circuito de la red del edificio en que se hallaba funcionaba bien, pero se había producido una reacción en cadena y los circuitos de toda la zona laboral estaban saltando en oleadas. La mujer señaló al siguiente cartucho de la red que iba a saltar.

—Es el hospital infantil —susurró—. No puede quedarse sin luz.

Sin nada más que su mero instinto. Qui-Gon regresó al ordenador central. Si podía controlar el colapso de la red y limpiar el sistema, quizá podría detener el efecto dominó. En caso contrario, aquella trastada provocaría un caos aún mayor.

Y daría como resultado muerte.

Capítulo 10

Obi-Wan corrió un rato detrás de Grath y los demás. Estaba seguro de que una de las chicas, Pel, era la que le había pillado en "albornoz" la noche anterior. Por suerte, no parecía sospechar de él.

La otra chica, Nania, tenía una voz que le sonaba de algo. Quizá fuera la conductora del trasbordador en el que viajó como polizón, pero hasta el momento nadie le había reconocido abiertamente.

Obi-Wan estaba esperando que alguien le preguntara quién era y por qué les seguía, pero no lo hicieron. La aceptación inicial de Grath pareció ser lo único necesario. O eso, o los Libres eran un grupo tan numeroso que sus miembros estaban acostumbrados a no conocerse entre ellos.

Daba igual, mientras los chicos le permitieran seguir junto a ellos. Cuando más tiempo pasara a su lado, más facilidad tendría para ganarse su confianza. Y más fácil sería convencerles de seguir el camino correcto.

Aunque se moría de ganas de saber adónde iban, Obi-Wan no quería correr el riesgo de revelar su identidad por hacer preguntas. Era mejor escuchar. Pero, por desgracia, nadie hablaba mucho.

Cuando estaban a un kilómetro de distancia de la escuela, la pequeña banda de Libres se introdujo en una construcción abandonada. Flip y Nania comenzaron a retirar escombros de una gran montaña, arrojándolos a un lado. Obi-Wan no sabía qué hacer.

Se preguntó si la siguiente trastada tendría que ver con desperdicios, y él también se acercó a coger parte de la basura. Entonces. Nania recogió un montón de escombros de la pila y Obi-Wan atisbó algo en el fondo de la montaña. Era la parte de atrás del trasbordador en el que había ido la noche anterior. Al parecer, aquél era el sitio donde lo ocultaban los Libres.

—Subid —dijo Flip, señalando a la puerta. Los chicos entraron en tropel. Nania se puso en el asiento del piloto y los retropropulsores comenzaron a rugir. Varios escombros se desprendieron del parabrisas.

—Agarraos —dijo Nania por encima del hombro. Dando bandazos y sacudidas, el pequeño transpone se quitó de encima la montaña de escombros y salió zumbando del edificio.

Flip, que obviamente no iba bien agarrado, aterrizó en el regazo de Grath.

—¿Entonces, qué crees que estará pasando ahora en las oficinas de Multycorp? —preguntó sonriendo al más mayor.

Grath se lo quitó de encima entre risas.

—No lo sé —dijo en tono astuto—. ¿Estarán bailando?

Obi-Wan no cogió la broma, pero se rió como los demás. Cuando las carcajadas se apagaron. Grath retomó la palabra.

—Pero mañana no habrá baile. Mañana habrá que caminar.

Grath parecía serio, y de repente cambió el ambiente. El grupo estaba claramente preparado para lo que se traía entre manos. Fuera lo que fuese.

No había mucha luz en la parte de atrás del vehículo. y Obi-Wan tuvo que agarrarse bien para no salir disparado gracias a la errática forma de conducir de Nania. Al prepararse para la siguiente cuna, se dio cuenta de algo que se le había escapado hasta el momento. Todo el casco de la nave estaba cubierto de pequeños explosivos caseros.

Dando un último giro que revolvió las tripas de Obi-Wan. Nania detuvo el trasbordador en un hangar de transporte. Grath, Flip, Pel y Nania cogieron gran cantidad de explosivos y los apilaron en el exterior. A pesar de su recelo, Obi-Wan cogió varios explosivos e hizo lo propio.

—Pel, Nania, vosotros dos cubrid el ala este. Nosotros iremos a la oeste —ordenó Grath.

Obi-Wan contempló con inquietud cómo Grath se agazapaba bajo uno de los trasbordadores con los explosivos. Tenía que averiguar qué estaban haciendo, y cuanto antes mejor. Parecía que Grath y Flip estaban colocando los explosivos en los bajos de los compartimentos de pasajeros. ¿Estaban planeando volar en pedazos vehículos con pasajeros en el interior?

—Se me ha olvidado, ¿cuándo vamos a hacer explotar esto? —Obi-Wan intentó sonar despreocupado, mientras se colocaba bajo otro de los vagones al lado de Grath y comenzaba a manipular uno de los dispositivos.

Grath miró a Obi-Wan, extrañado.

—No te preocupes. Nadie saldrá herido. Es una de nuestras normas, ¿recuerdas? Estamos ocultando los explosivos para que nadie los vea durante la fase de regreso a la zona residencial. Pero esta noche, cuando los vehículos regresen al hangar, los haremos explotar por control remoto. Y mañana, cuando todo el mundo quiera ir a trabajar..., no tendrán el transporte de siempre, ¿a que no? —una sonrisa se dibujó en el rostro de Grath, pero a Obi-Wan le preocupaba tanto que algo saliera mal que no le devolvió el gesto. Aquel plan era más peligroso, mucho más peligroso que cambiar los números de una pantalla o dar comandos erróneos a un ordenador.

Grath se dio cuenta de que Obi-Wan no sonreía.

—No te preocupes —dijo de nuevo con más calma—. No vamos a matar a nadie. Sólo queremos que despierten.

Obi-Wan se obligó a sonreír y asintió.

—¿A trabajar, entonces? —preguntó.

—¡Mañana no! —rió Grath.

Capítulo 11

Qui-Gon respiró hondo y activó un interruptor. La pantalla se puso en blanco, y luego volvió a encenderse. Al otro extremo del pasillo, por fin, cesaron los gritos. El parón había salido bien. Los circuitos dejaron de saltar, y el hospital infantil quedó a salvo. Pero había estado cerca..., demasiado cerca.

Qui-Gon suspiró. Sabía que lo siguiente que tenía que hacer era contar al presidente Port lo que podría haber sucedido, una perspectiva nada apetecible. Quizá se equivocó al conceder tres días a Obi-Wan. Tras la última trastada de los Libres, iba a ser más difícil que nunca intentar parar los pies del nervioso vorzydiano.

Quizás incluso sea imposible, pensó mientras regresaba a la planta veinticuatro. No estaba preparado para lo que vio al entrar en la sala de reuniones.

El presidente Port estaba frente a una gran proyección en la que se veía a una vorzydiana de apariencia majestuosa con un turbante. Era Felana, la líder de Vorzyd 5.

—¿Qué significa esto? —preguntó Felana—. ¿Cómo se atreve a acusar a Vorzyd 5 de sabotaje después de insultarnos con la expulsión de nuestros embajadores? No le comprendo, presidente Port.

—Aquí está el Je... Je... Je... Jedi —tartamudeó el presidente Port. Indicó a Qui-Gon que se acercan frente al holoproyector—. Él conoce la verdad. El se la contará.

Felana se quedó todavía más sorprendida.

—¿Ha solicitado ayuda externa? ¿Cree que así conseguirá una base más sólida para sus acusaciones sin fundamento?

Por un momento. Qui-Gon no supo qué hacer. Desde luego, así no solían funcionar las mediaciones. El presidente Port le había puesto en una situación incómoda, y ahora iba a ser imposible posicionarse de forma neutral. Llegó a la conclusión de que lo único que podía hacer era intentar que la cosa no fuera a peor.

—Cuénteselo —chilló el presidente Port al Jedi—. ¡Cuéntele lo que le han hecho a nuestro planeta!

—¡Ya basta! —exclamó Felana entre dientes—. Llevamos mucho tiempo bajo su yugo, presidente. Y ahora nos acusa injustamente. No toleraremos los falsos cargos.

Qui-Gon apoyó una mano en el hombro del presidente Port. Utilizando la Fuerza, tranquilizó al nervioso vorzydiano lo bastante como para que no dijera nada de lo que pudiera arrepentirse. Luego se volvió hacia la imagen de Felana.

—Por favor, acepte las disculpas del presidente —Qui-Gon realizó una inclinación—. Vorzyd 4 ha estado experimentando actividades terroristas y lo único que quería era advertirle de este hecho para que investigara sobre actividades similares en su planeta.

Qui-Gon se dio cuenta por la expresión de la líder que no le estaba creyendo. Pero tampoco le iba a contradecir.

—Por favor, comuníquele al presidente que aprecio su preocupación y que le garantizo que Vorzyd 5 está listo para la lucha —respondió Felana en tono gélido—. Vorzyd 5 no será humillado. Ya no somos el planeta más débil. Lo único que necesitamos es la oportunidad de demostrar nuestra fuerza.

Qui-Gon dio las gracias a Felana y finalizó la transmisión. Identificó la última frase como lo que realmente era: una amenaza.

Si Vorzyd 4 insistía en acusar a Vorzyd 5 de actividades ilegales, el resultado más probable sería devastador.

Sería la guerra.

***

Qui-Gon fue de un lado a otro del pasillo de la casa de asilo mientras esperaba a su padawan. Se dio cuenta de que podía pedirle que viniera por el intercomunicador, pero no quería estropear la tapadera del joven Jedi o ponerle en peligro. Además, necesitaba tiempo para pensar en lo que iba a decir cuando apareciera Obi-Wan.

Qui-Gon llegó al final del pasillo y dio media vuelta. Si no concedía a Obi-Wan los tres días prometidos, el chico perdería seguridad, pero las cosas se estaban descontrolando. Si Qui-Gon no decía nada...

De repente, los pensamientos de Qui-Gon fueron interrumpidos por una tímida voz femenina.

—Disculpe —dijo.

Con sus largas zancadas, Qui-Gon había recorrido la distancia del pasillo unas doce veces sin fijarse en aquella puerta abierta. Y ahora estaba de pie frente a ella, contemplando a la anciana vorzydiana que le llamaba.

—Lo siento —dijo ella, alzando la vista para contemplar la imponente figura de Qui-Gon—. No es usted un trabajador, ¿verdad? Pensé que quizá sería un trabajador que venía de visita. Los trabajadores parecen creer que la vida acaba cuando acaba el trabajo. Están demasiado ocupados para visitar a nadie. Pero escuché a alguien en el pasillo y pensé que...

—Me encantaría visitarla —dijo Qui-Gon amablemente. Incluso en su distraído estado mental, sintió compasión por aquella mujer.

—¿De veras? No me visitan a menudo. No me malinterprete... No les culpo. Así son las cosas en Vorzyd 4.

Qui-Gon siguió a la anciana a su pequeña habitación y se sentó en una silla frente a ella. La mujer no le preguntó quién era y se limitó a seguir hablando, disfrutando del simple hecho de que hubiera allí alguien que la escuchaba.

—Vivimos para trabajar, ¿sabe? Nadie se da cuenta de que hay vida más allá del trabajo. Nadie lo sabe. Y a veces me gustaría que no la hubiera. Vida, quiero decir. Me gustaría morirme, como los demás, pero está Tray. Tray sigue viniendo y opina que las cosas van a cambiar. Que todo será diferente. Y yo quiero creerla, pero son sólo niños...

La mujer se calló de repente y ladeó la cabeza. En el pasillo, Qui-Gon escuchó mido de pasos. Era Obi-Wan.

Qui-Gon se disculpó ante la anciana y salió al pasillo. Su breve conversación con ella había despertado nuevas preguntas en su mente. Había muchas cosas que quería preguntarle, pero tendría que esperar. De momento tenía que hablar con su padawan.

Capítulo 12

Los trasbordadores están preparados para explotar esta noche, cuando todo el mundo duerma. Grath me aseguró que no habría nadie en el hangar —Obi-Wan intentaba transmitir seguridad a su Maestro al informar sobre la siguiente jugarreta de los Libres. Quería disfrazar su intranquilidad, pero ya le estaba dando la impresión de que estaba tardando mucho en infiltrarse entre los Libres. Deseó haber podido impedir a los chicos que colocaran los explosivos, pero no había tenido forma de hacerlo. Era demasiado pronto para darse a conocer.

Qui-Gon permanecía en silencio.

—No quieren hacer daño a nadie —añadió Obi-Wan.

—Da igual, alguien saldrá herido —dijo Qui-Gon cuando por fin habló—. Hoy ha estado a punto de haber heridos.

Obi-Wan sabía que su Maestro tenía razón. Los Libres estaban yendo demasiado lejos y había más en juego que lo que ellos pensaban. Lo único que querían era demostrar a sus padres que estaban vivos, y que necesitaban más de ellos que la mera formación laboral, pero no lo estaban intentando de la manera adecuada.

Y Obi-Wan se preguntó si su plan de detenerles sería adecuado. Mirando a Qui-Gon, no pudo evitar sentir que su Maestro no se fiaba de él.

—Me temo que las jugarretas han alcanzado un nuevo nivel. Los chavales están descontrolados. Hoy el presidente Port llamó a la líder de Vorzyd 5. Ella no daba crédito ante las acusaciones, y está preparada para entrar en acción en caso de que continúen. También se produjo un ataque al ordenador central de control. Si yo no hubiera estado allí para ayudar, podría haberse provocado un apagón general en la ciudad. Y se habrían perdido muchas vidas.

Qui-Gon habló con calma, pero Obi-Wan no pudo evitar sentir que aquello era una reprimenda. Aunque compartía las dudas de su Maestro, no pudo evitar enfrentarse a ellas.

—Me quedan dos días —dijo Obi-Wan con renovada decisión—. Puedo hacerlo —¿por qué no se fiaba Qui-Gon de que podría con aquello? De repente. Obi-Wan deseó desesperadamente que le permitiera continuar con su plan. Le parecía más importante que cualquier otra cosa.

—No es que no me fíe de ti —dijo Qui-Gon, mirando fijamente a su padawan.

A Obi-Wan no dejaba de sorprenderle la forma que tenía Qui-Gon de captar sus pensamientos.

—La situación es compleja, y es imposible que una sola persona lo controle todo. Tenemos que ir con cuidado —terminó Qui-Gon.

Obi-Wan asintió. Estaba preparado para seguir defendiendo su plan, pero Qui-Gon no le había interrumpido como él pensó que iba a hacer. Le estaba dando vía libre para seguir adelante.

¿Por qué?, se preguntaría Obi-Wan más adelante, tumbado en la cama. ¿Por qué le estaba permitiendo continuar su Maestro si era obvio que no confiaba en el plan? Por un momento. Obi-Wan pensó que Qui-Gon quería que fracasan para que aprendiera una lección, pero eso no podía ser. Un Jedi no arriesgaría vidas sólo para demostrar que tenía razón. Qui-Gon no le estaba dando la oportunidad de fracasar, sino la posibilidad de triunfar.

Tumbado en la oscuridad. Obi-Wan se sintió dividido. No estaba seguro en absoluto de

estar haciendo lo correcto, pero no tenía más opción que seguir adelante.

Mi plan funcionará, se dijo Obi-Wan. No quedaba más remedio.

***

El pomo de la puerta dio un chasquido al abrirse. Obi-Wan ya estaba de pie antes incluso de despertarse del todo. La puerta se abrió y reveló a un maltrecho presidente Port.

—Los trasbordadores —jadeó el presidente—. Vorzyd 5 ha hecho explotar los trasbordadores. Los trabajadores de la primera hora... —las antenas de Port vibraban a toda prisa, y el vorzydiano se apoyó en la puerta para no caerse—. Hay heridos —dijo con voz queda—. Algunos no sobrevivirán.

—¿Los vehículos han explotado con pasajeros en el interior? —preguntó Obi-Wan sin dar crédito—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En todas partes —susurró el presidente—. Ahora mismo.

—Llama al hangar. Ordena la evacuación inmediata y la parada de todos los trasbordadores —exigió Qui-Gon.

El presidente Port recobró la compostura y se apresuró a la estación de comunicaciones más cercana a la entrada del edificio.

Sin decir nada a Qui-Gon, Obi-Wan corrió hacia la salida. Podía escuchar las pisadas de su Maestro tras él. Tenían que evitar que los vorzydianos entraran en los trasbordadores.

En el exterior, un vehículo medio lleno estaba deteniéndose para recoger a los veinte trabajadores que se dirigían a sus puestos de trabajo.

—¡Parad! —gritó Obi-Wan, agitando los brazos para impedir que la gente subiera al vagón. Pero la aparición del Jedi de extraño atuendo tuvo el efecto contrario al deseado, y el grupo, presa del pánico, se introdujo a presión en el vehículo.

Sin pensarlo dos veces, Qui-Gon se colocó frente al transporte para impedir que avanzara. Obi-Wan lo entendió y se agachó para colarse por debajo. Con sólo quitar dos cables, el explosivo quedaba inutilizado, pero aquél era sólo uno de los vagones.

De repente, la voz del presidente Port resonó en los altavoces del sistema de megafonía del vehículo.

—Evacuen de inmediato los vagones. Por favor, salgan y aléjense de los vagones. Todos los sistemas de trasbordadores quedan suspendidos hasta nuevo aviso.

Los confundidos vorzydianos hicieron lo que les ordenaron, pero algunos iniciaron el zumbido y otros empezaron a mecerse de un lado a otro. Finalmente, la mayoría comenzó a recorrer a pie la larga distancia hasta el trabajo.

—No podemos permitir que se culpe de esto a Vorzyd 5 —dijo Qui-Gon en voz baja a Obi-Wan.

Obi-Wan asintió. Tal y como había previsto Qui-Gon, el plan de los Libres había tenido el final equivocado. Tan equivocado como Obi-Wan.

—Voy a averiguar hasta dónde alcanzan los daños y pediré al presidente que inspeccione todos los trasbordadores de la ciudad — prosiguió Qui-Gon—. Tienes que ponerte en contacto con los Libres y convencerles de que se den a conocer antes de que yo tenga que revelar su identidad. No nos queda mucho tiempo.

Obi-Wan asintió de nuevo. Le parecía inesperado que Qui-Gon le permitiera continuar con la infiltración, sobre todo después de aquello. Sabía que su Maestro estaba en su perfecto derecho de ir al presidente y contarle todo, pero se dio cuenta de que también

había razones para no hacerlo. Sería mejor para todos los vorzydianos que los Libres revelaran su identidad por las buenas. Obligar a adultos y niños a reunirse entre las hostilidades podría empeorar la situación. Y era obvio que Qui-Gon había pensado en ello.

Obi-Wan suspiró. Fuera por la razón que fuera. Qui-Gon le estaba concediendo una última oportunidad para hacer las cosas a su manera. Y él le estaba agradecido.

Pero, al contemplar a su Maestro alejándose. Obi-Wan se vio abrumado por un extraño sentimiento. Tuvo la sensación de que había alguien vigilando todos sus movimientos.

Se dio la vuelta de repente y miró hacia arriba. En lo alto, en la ventana del complejo de retiro, Obi-Wan vislumbró un rostro que le observaba, y que luego desapareció.

Capítulo 13

Obi-Wan escudriñó la ventana por si volvía a ver a la persona del interior, pero no pudo. Sin dejar de pensar en la conversación que acababa de tener con su Maestro, caminó hacia la residencia Port. Era hora de encontrarse con Grath.

Grath no tardó en aparecer. Cuando el chico se adelantó, Obi-Wan le dejó avanzar unos pasos hasta que le llamó y le alcanzó corriendo. Antes de verle la cara. Obi-Wan se dio cuenta de que estaba muy abatido.

—No sé cómo ha podido salir mal —dijo Grath, destrozado. Parecía muy cansado y tenía los ojos enrojecidos. No había ni rastro del chico juguetón y carismático que Obi-Wan había conocido el día anterior.

—Ha debido de producirse un fallo en el dispositivo de activación remota. Se activó durante... —Grath se fue quedando sin voz.

—Lo sé —dijo Obi-Wan, poniéndole una mano en el hombro.

Grath tragó saliva.

—He convocado una reunión de urgencia. Espero que nadie se dé cuenta de que vamos a faltar tantos a la formación laboral y al trabajo.

Obi-Wan intentó mostrarse más optimista de lo que se sentía realmente. A Grath no le vendría bien más preocupación.

—Vamos —le animó.

La reunión se celebró en la construcción abandonada. Grath consiguió recobrar la compostura y volvió a aparecer sobre un montón de escombros, como un líder, para llamar al orden a los asistentes a la reunión.

—Tenemos un problema —comenzó—. Los explosivos no se activaron anoche, como planeamos. En lugar de eso, hicieron explosión durante la hora puma de la mañana.

Hubo un murmullo generalizado de preocupación entre los estudiantes, pero una voz nerviosa se alzó sobre el resto. Era Flip.

—¡La ciudad está sumida en el caos! —exclamó—. Sabíamos que íbamos a causar un impacto mayor si nos concentrábamos y esperábamos a que la gente prestara atención. ¡Ahora nuestros padres no tendrán más remedio que fijarse!

El grupo estaba en silencio, mirando a Flip.

—¿Has sido tú? —preguntó Grath al chico—. ¿Has manipulado tú el control remoto?

Flip asintió con orgullo.

—¡Sí! —miró a Grath, expectante. Obi-Wan tuvo la impresión de que el pequeño estaba esperando que Grath le rociara de halagos, pero el Jedi estaba seguro de que no era eso lo que le esperaba.

Grath se quedó boquiabierto un momento y cerró la boca. Las antenas le colgaban sobre la frente, y la boca se le torció en un gesto furioso. Pero sus ojos revelaron otro sentimiento: culpabilidad.

Obi-Wan no estaba seguro de cuál de esos sentimientos prevalecería. Los Libres comenzaron a hablar.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Espero que no les haya pasado nada a mis padres.

—Ya era hora de que alguien hiciera algo de verdad.

Obi-Wan se giró para ver quién había hecho ese último comentario. Pero el lugar estaba lleno y era imposible adivinarlo.

Grath se aclaró la garganta y tranquilizó a todos, al menos por el momento.

—Ha habido muchos heridos esta mañana —dijo gravemente—. Algunos no sobrevivirán. Nuestra misión es que la gente despierte, que vea lo que está ocurriendo. No matarles —Grath miró fijamente a Flip—. No tenías que haber alterado el plan —dijo sin expresión—. Ha sido una equivocación.

Hubo un breve silencio. Todos miraron a Flip. El chico parecía confundido, y luego se enfadó. Miró iracundo a Grath.

—Era necesario —dijo—. Y era lo que había que hacer. Ahora tendrán que hacemos caso.

El grupo se revolucionó. Obi-Wan se dio cuenta de que se estaban dividiendo. Algunos pensaban que Grath tenía razón, y que la acción pacífica era la única vía, pero otros estaban hartos de la estrategia pacífica y sentían que la violencia era parte necesaria de la revolución.

—Los adultos jamás nos prestarán atención si seguimos actuando pacíficamente — gritó Flip—. Lo que hemos hecho hasta ahora no ha funcionado. Nuestras jugarretas tienen que convertirse en una táctica.

—¡No queremos empezar una guerra! —respondió alguien—. Estamos hablando de nuestros padres.

—¡Estamos hablando de unos adultos que nos ignoran! —exclamó otro.

Muy pronto, todos los presentes estaban gritando tan alto que Obi-Wan apenas podía entender lo que decían. El grupo estaba dividido. Entonces, una voz resonó por encima de las demás. La de Flip.

—Sólo los cobardes temen dar un paso adelante y luchar por lo que hace falta —exclamó.

Esto envalentonó de nuevo a la concurrencia. La camaradería que Obi-Wan había admirado en el grupo había desaparecido sin dejar rastro. Los mismos chicos que habían trabajado codo con codo se hablaban ahora a gritos. Las antenas se movían con agresivos temblores. La sala entera estaba sumida en el caos.

Al fin, Nania se subió a un montón de escombros.

—¡Basta! —exclamó. El grupo se calló de repente y todos se giraron hacia ella. Algunos parecían molestos por la interrupción, pero nadie dijo nada.

—Es inútil enfrentamos —dijo Nania—. Si no colaboramos no conseguiremos nada. Vamos a informar a nuestros espacios de educación laboral antes de que nos echen de menos. Esta noche nos reuniremos según lo planeado.

Algunos de los Libres gruñeron en voz alta, pero el grupo salió poco a poco del edificio. No quedaba nada que decir, y Obi-Wan podía sentir la tensión en el aire.

También sentía un nudo en el estómago. La división en el grupo no era buena señal. Si los libres querían que les tomaran en serio, tendrían que darse a conocer pacíficamente y hablar con los adultos como un grupo unido. Y parecía que las posibilidades de que eso ocurriera disminuían por momentos.

Obi-Wan decidió ir a buscar a Grath para ver lo que opinaba él. Rodeó un montón de escombros cerca del sitio donde le había visto por última vez, pero, en lugar de eso, vio a Flip y a una chica morena que no reconoció. Ambos dialogaban, y Obi-Wan intentó acercarse como casualmente para captar lo que estaban diciendo.

—Eso no basta —dijo ella—. Grath está con ellos.

Vio a Flip asentir lentamente, y la chica se acercó más. Hablaba casi en susurros.

—No tenemos más opciones que emprender acciones por nuestra cuenta —dijo ella—. Cuanto antes.

Obi-Wan se acercó un paso más a los dos Libres. No quería perderse ni una palabra, pero su movimiento atrajo su atención, y se separaron. Era obvio que no querían que nadie les oyera. Pero Obi-Wan no supo si se habían dado cuenta de que les había oído.

Su mente iba a toda velocidad. Necesitaba un rato para despejarse. Salió del edificio abandonado y contempló a los grupos de chicos regresando al espacio de educación laboral. Se dio cuenta de que la zona de educación laboral no era el mejor sitio para poder pensar un rato, así que se dirigió en la otra dirección, hacia la zona residencial.

Mientras andaba. Obi-Wan se fijó en los trabajadores adultos que seguían caminando hacia sus trabajos. Algunos iban de dos en dos, charlando. Otros paseaban mirando al cielo. Ninguno de ellos parecía desesperado por llegar a la oficina. Y no se oía zumbido alguno. Era casi como si, al verse forzados a abandonar el entorno laboral, tuvieran un nuevo punto de vista.

Quizá los adultos estén preparados para el cambio, pensó Obi-Wan. Sintió una pequeña oleada de esperanza. Si Qui-Gon y él pudieran reunir a jóvenes y adultos. Vorzyd 4 quizá tuviera una posibilidad.

Capítulo 14

—Vorzyd 5 tiene que pagar por lo que ha hecho —dijo el presidente Port cuando Qui-Gon y él entraron en las oficinas de Multycorp—. Tenemos que contactar con ellos de inmediato.

Qui-Gon exhaló lentamente. Aunque ya sabía que el presidente iba a reaccionar así, todavía no había elaborado un plan para impedir que se produjera esa llamada a Vorzyd 5.

Se volvió a cuestionar su decisión de permitir que Obi-Wan se infiltrara entre los Libres. Quería otorgarle poder. Y creía que Vorzyd 4 tendría más oportunidades mediante una solución pacífica si los chicos se entregaban de *motu proprio*. Por desgracia, por mucho que lo creyera, no le iba a ayudar en nada.

Es hora de pensar las cosas a fondo, se dijo a sí mismo fríamente.

—Creo que será mejor esperar hasta que tengamos los resultados de la inspección de los vagones —dijo Qui-Gon con toda lógica. El presidente Port había ordenado que se llevara a cabo una investigación de todos los trasbordadores de la ciudad, y estaban esperando a que llegara el informe—. Cuanta más información tengamos, mejor.

—¡Ellos son culpables! —exclamó el presidente Port—. ¡Tienen que ser castigados!

—¿Ah, sí? —resonó una voz tras ellos. Qui-Gon se giró y vio a Felana en la puerta, flanqueada por dos grandes vorzydianos.

El rostro del presidente Port perdió todo atisbo de ira. Su expresión era una combinación de confusión y miedo. Sus grandes ojos se habían abierto aún más de lo normal, y las antenas le temblaban de forma incontrolable. Era obvio que no estaba acostumbrado a visitantes políticos inesperados..., sobre todo si eran hostiles.

—¿Pero qué está haciendo?...

—He venido a aclarar las cosas de una vez por todas, presidente —dijo Felana entrando a paso firme en la sala. Era extremadamente alta para una vorzydiana, y su porte altivo hacía que lo pareciera todavía más.

El presidente parpadeó sorprendido. Qui-Gon se dio cuenta de que lo que él quería saber era cómo se había abierto paso hasta su despacho por todo el edificio sin que nadie la anunciara o la detuviera. Se imaginó que probablemente no sería muy difícil, teniendo en cuenta el caos provocado por las explosiones en los vagones.

Hubo un momento de incómodo silencio. Entonces, el presidente Port se estiró la ropa y se aclaró la garganta ruidosamente. Su expresión varió y se convirtió en una indignación orgullosa.

—Han estado saboteando nuestras instalaciones de producción —dijo con voz inexpresiva—. Tienen envidia de nuestra productividad. Quieren aparentar ser más fuertes ante el resto del sistema Vorzyd. Los ordenadores y las cadenas de producción están fallando. Esa es la única explicación.

—Las explicaciones no son asunto mío —respondió Felana—. Lo que me preocupa son sus acusaciones infundadas. Y no tenemos envidia de su productividad —añadió con ojos relucientes—. Al contrario, nosotros creemos que sus hábitos laborales son de lo más tedioso.

De no ser por la seriedad de la situación. Qui-Gon hubiera sonreído al oír aquel comentario. Los jóvenes vorzydianos también pensaban que las costumbres laborales eran demasiado aburridas.

—¿Lo ve? —dijo el presidente Port girándose hacia Obi-Wan—. Nos envidian.

Qui-Gon se quedó callado. Parte de él quería contarle todo al presidente Port, pero algo en su interior le dijo que aquella reunión no iba a provocar ninguna acción violenta o inmediata. Y seguía albergando la esperanza de que los Libres revelaran por sí mismos su identidad. Además, le había prometido a su padawan que esperaría. Si todo salía bien, muy pronto se produciría un encuentro de opiniones entre los verdaderos responsables de la situación.

—No les guardábamos ningún rencor —insistió Felana—. Hasta que comenzaron a acusarnos de delitos que no habíamos cometido —clavó la mirada en el presidente Port—. Quiero que cesen de una vez por todas estas mentiras infundadas, o tendremos que tomar medidas.

Las antenas del presidente Port comenzaron a temblar de nuevo.

—¿Qué clase de medidas? —preguntó nervioso. Felana alzó la vista y miró al líder de Vorzyd 4.

—Medidas mucho peores que el sabotaje del que nos acusan injustamente.

Capítulo 15

Esa noche, Obi-Wan se encontró con Grath en el andén del trasbordador. Parecía cansado, pero tenía la mirada despejada. Obi-Wan se dio cuenta de que el chico había hallado una nueva vía.

—Algunos de los adultos parecían contentos al ir a trabajar esta mañana —le dijo Obi-Wan—. Creo que disfrutaron de ese tiempo libre.

Grath asintió.

—Se puede conseguir sin violencia —dijo confiado—. La gente sólo necesita un poco de tiempo para entender cómo hacerlo.

Obi-Wan se alegró de ver que Grath volvía a ser el de siempre. No quería aguarle la fiesta contándole la conversación que había oído entre Flip y la chica morena, pero tampoco podía guardarse esa información.

—He oído que...

Obi-Wan fue interrumpido por el vagón, que hizo su entrada en el andén. Nania lo pilotaba, y saludó a Obi-Wan con una sonrisa. El Jedi se sintió agradecido cuando tomó asiento en el interior. Con Nania al volante quizá no fuera el mejor viaje de su vida, pero siempre era mejor que ir colgado de una barra por fuera.

Cuando llegaron al edificio de siempre. Obi-Wan vio enseguida a Flip. Estaba de pie en una esquina, junto a la chica morena, con una sonrisa burlona.

Grath se acercó a ellos.

—Hola, Flip —le dijo con tono amable.

Flip no dijo nada, pero su sonrisa se hizo más cruel. Era obvio que seguía enfadado por la reprimenda que había recibido aquel día. La chica tampoco dijo nada. Al contemplarles, Obi-Wan se dio cuenta de repente de que ya había visto a la chica antes, lejos de los libres. Era la que visitaba a su abuela en el complejo de jubilados en su primera noche en el planeta. Pero ahora parecía totalmente distinta. No había ni rastro de la chica cariñosa que disfrutó mirando y escuchando.

Grath se quedó frente a Flip un instante, intentando calmarle. Cuando se hizo patente que no iba a conseguirlo, la atención de líder se centró en la inminente reunión. Se subió a una de las mesas y llamó la atención de todos.

—Si podemos enseñar a los trabajadores sin hacerles daño que la vida es más que producir, nos ayudarán —dijo tranquilamente.

—Los trabajadores han ido demasiado lejos —dijo la chica morena con vehemencia—. El miedo es lo único que impedirá que nos detengan.

Grath frunció el ceño.

—Eso no es así, Tray —dijo él—. Y lo sabes.

Muy pronto, el desacuerdo y la ira de la reunión anterior volvieron a apoderarse del grupo. Todo el mundo hablaba a voces. Las antenas temblaban y atravesaban el aire, subrayando los gritos. Las manos se tensaban en puños. Los dos grupos comenzaron a separarse, con Grath y sus seguidores a un lado, y Flip y los suyos al otro.

—Tenemos que revelar nuestra identidad —gritó alguien—. Los trabajadores no tienen ni idea de que somos responsables de los incidentes. Ni siquiera creen que seamos capaces.

—No vamos a hacernos responsables de eso —dijo otra voz.

—Ni tampoco vamos a aceptar las culpas —exclamó un tercero al otro lado.

Los gritos subieron de volumen. Era casi imposible escuchar lo que se estaba diciendo.

Obi-Wan miró de un lado a otro de la sala sin saber qué hacer. Sabía que era necesario tomar medidas, pero no quería revelar su identidad.

De repente, las luces del exterior del despacho parpadearon. Se oyeron voces fuera, y pasos subiendo a toda prisa por la escalera.

Grath alzó la vista, alarmado. Los chicos callaron de pronto.

Los Libres habían sido descubiertos.

Capítulo 16

Los pasos y las voces crecieron en intensidad al acercarse. Los Libres se miraron entre sí con preocupación, con las antenas vibrando de miedo. Obi-Wan vio por el rabillo del ojo que Flip tiraba una cápsula al suelo. Un humo denso y verde comenzó a expandirse por la estancia. La sustancia no parecía afectar a los pulmones de los Libres. No tosieron ni se pusieron a escupir.

—Por aquí —dijo Flip con calma. Guió a los chicos al exterior del despacho por una salida secreta, a través de un túnel, y ascendió varios tramos de escalera. Cuando salieron por una pesada puerta de duracero, estaban de pie en el tejado de un edificio cercano a la zona laboral. Estaba oscuro, pero las estrellas del cielo emitían una luz tenue.

Todo estaba tranquilo en la calle. Los chicos estaban a salvo.

En cuanto todos los Libres llegaron a la azotea. Flip se giró hacia Obi-Wan.

—Hay algo que no sabéis —gritó al grupo—. Grath os lo ha estado ocultando. Este chico ha sido enviado aquí para detenemos. Es un Jedi. ¡Y un traidor!

Hubo exclamaciones de asombro entre los Libres, que miraban boquiabiertos a Obi-Wan. Por un momento. Obi-Wan sintió que el grupo no estaba seguro de que aquello fuera cierto, y pensó que todavía podía salvar la situación.

Pero ese momento pasó.

—¡Es cierto! —exclamó la chica morena—. Le he visto en el complejo de jubilados. Mi abuela está allí, y él nos estuvo espiando.

—Sí, Tray, es un Jedi —Grath bajó la cabeza derrotado.

Obi-Wan cerró los ojos un momento. No tenía ni idea de que Grath supiera que era un Jedi. Respiró hondo para recuperar fuerzas. No le apetecía pasar por lo que le esperaba. Alguien le tiró de la capucha, dejando ver su cabeza sin antenas.

—¡Traidor! —gritó alguien.

—¡Grath es un mentiroso, no un líder! —exclamó Flip.

—¿Qué clase de líder no se fía de su gente lo bastante como para contarle la verdad'? —dijo una voz más calmada.

Los chicos de ambos bandos en el tema de la violencia se enfrentaron juntos a Obi-Wan y a Grath. Sólo unos pocos defendieron a este último.

—Grath tiene que tomar decisiones difíciles por todos nosotros —dijo Nania, intentando tranquilizar a la gente—. Quizá no todas sean de nuestro agrado, pero lo hace por el bien del grupo. Nunca nos ha dejado a la deriva.

—El Jedi debería irse —dijo Tray—. De inmediato.

Se produjo un silencio por parte del grupo, que asintió de forma casi unánime. La cabeza de Grath fue la única que no se movió.

Obi-Wan miró a Grath en busca de apoyo, esperando que dijera algo a los asistentes. Grath parecía abatido, pero no dijo nada.

Obi-Wan se sintió derrotado, pero sabía que no podía irse sin más.

—La paz es la única victoria real —dijo a los Libres—. Si seguís por este camino, construiréis un muro permanente entre vosotros y los trabajadores. No habrá posibilidad de diálogo ni una nueva forma de vida.

Obi-Wan rogó con la mirada al grupo, yendo de una cara a otra. Ninguna expresión varió. No había forma de convencerles.

Obi-Wan dejó caer la cabeza y se dirigió hacia las escaleras. Lo último que vio antes de

que la puerta se cerrara tras él fueron las sonrisas irónicas de Tray y Flip.

Cuando abandonó la azotea, a Obi-Wan le daba vueltas la cabeza. Se sentía como un idiota. ¿Cómo había podido no sospechar que Grath sabía que era un Jedi? Se dio cuenta de que la infiltración había sido demasiado sencilla. Le dio vergüenza no haberse dado cuenta antes. Había deseado tanto que su plan funcionara que supuso que todo iba bien. Pero no era así.

Obi-Wan regresó por las calles hacia la zona residencial. En lo profundo de su mente resonaba una vocecilla que le recordaba que tampoco había sido sincero del todo con los Libres. No les había dicho que era un Jedi.

Pero lo hice por el bien del planeta, se dijo a sí mismo. *Estaba intentando aplicar una solución pacifica.*

Todo aquello le recordaba demasiado a la situación ocurrida en Melida/Daan. Cuando Obi-Wan se unió a los Jóvenes, estaba seguro de que aquello era lo correcto, pero al final comenzó a dudar de que el grupo tuviera razón. Y pronto se dio cuenta de que abandonar a los Jedi había sido un error.

A simple vista, la situación de Vorzyd 4 parecía totalmente distinta a la de Melida/Daan. Totalmente inofensiva. Pero, en ese momento, Obi-Wan apenas veía diferencias. Y los parecidos le gritaban al oído.

Los Libres discutiendo. Las explosiones. La incapacidad de las generaciones para comunicarse entre sí.

Y Obi-Wan sabía que lo peor de todo era que ya no estaba en posición de ayudar. Los chicos no confiaban en él. ¿Y por qué iban a confiar en él los adultos, si les había estado ocultando información en todo momento?

No sabía qué hacer, así que se encaminó a su habitación en el complejo de jubilados. No llevaba allí mucho tiempo cuando llegó Qui-Gon.

Obi-Wan se dio cuenta de que su Maestro estaba preocupado por él, y quizá también por la situación. Dio un suspiro y comenzó a relatarle todo lo que había pasado.

—Alguien ha informado a los adultos —comenzó a decir Obi-Wan.

Qui-Gon asintió.

—Yo no dije nada, tal y como te prometí —dijo—, pero escuché al equipo de mantenimiento del edificio informando de un incidente al presidente Port. Les habían dado un chivatazo.

Obi-Wan no pensó en ningún momento que Qui-Gon pudiera ser responsable de la incursión, pero le alegró que su Maestro se lo continuara.

—Un grupo de adultos irrumpió en la reunión secreta —dijo Obi-Wan—, pero uno de los chicos, Flip, tiró una cápsula de humo y puso a todo el mundo a salvo.

—Entonces estaba preparado para algo así —dijo Qui-Gon, suspicaz.

Obi-Wan asintió.

—Yo también pensé eso —dijo—. Quizá sea el chivato. Parecía demasiado sencillo. Pero han pasado más cosas...

Obi-Wan se quedó sin voz. Le estaba costando mantener la mirada de su Maestro. Se sintió responsable por el estado de la situación entre jóvenes y adultos. De nuevo, le dio la impresión de que le había fallado la intuición.

—Adelante —le animó Qui-Gon suavemente. Su mirada era totalmente comprensiva. Pero eso no hizo que Obi-Wan se sintiera mejor. De hecho, le hizo sentir peor. No se merecía comprensión ninguna. Las cosas en Vorzyd 4 estaban peor que cuando llegaron.

Y todo por su culpa.

Capítulo 17

Qui-Gon se dio cuenta de que su padawan estaba pasándolo mal. Se vio tentado a presionarle un poco para ver si seguía adelante, pero sabía que no era la opción correcta. Lo que Obi-Wan necesitaba era un poco de tiempo, algo que Qui-Gon también se tomaba de vez en cuando.

La habitación del complejo de jubilados quedó en silencio unos minutos. Después, Qui-Gon tomó la palabra.

—Creo que deberíamos salir y entrenar —dijo—. Llevamos mucho tiempo sin practicar con el sable láser.

Qui-Gon esperaba que la actividad física ayudara a su padawan a aliviar tensiones y a juntar las piezas del rompecabezas. De cualquier forma, centrarse en algo totalmente diferente sería lo mejor para cambiar de ritmo.

Al salir del edificio, Obi-Wan no parecía tener muchas ganas de entrenar, pero cuando estuvo fuera, frente a su Maestro, los ojos le brillaron con una intensidad que sorprendió a Qui-Gon. El joven Jedi encendió el sable láser y Qui-Gon hizo lo propio.

Los dos Jedi avanzaron en círculo, con los sables alzados como en una coreografía. Obi-Wan se movía con elegancia, sin dejar de mirar a Qui-Gon. Era como si le estuviera retando a hacer algo, a dar el primer paso.

Y así fue. El Maestro dejó caer el sable láser en una potente estocada, una vez, dos, tres. Obi-Wan estuvo ahí para bloquear en todo momento. Los elegantes arcos que describía con la hoja eran seguros y precisos. No dejó de mirar a los ojos a su Maestro.

Qui-Gon se dio cuenta de repente de que las habilidades de Obi-Wan con el sable láser habían mejorado muchísimo en los últimos meses. Su energía física era excepcional, joven y auténtica. Obi-Wan estaba luchando como un Caballero Jedi.

Por no mencionar que se fía de su intuición, pensó Qui-Gon amargamente. Se dio cuenta de que, algún día, el chico le vencería. Y que quizás ese día no estaba tan lejos.

Los dos Jedi esquivaron y se movieron a una velocidad inverosímil, con las hojas relucientes de azul y verde derramando luz en la noche vorzydiana. Pero había algo más fuerte aún: la voluntad Jedi. Obi-Wan quería que le trataran como a un igual, y Qui-Gon lo sabía. Pero, aunque había madurado mucho en los últimos cuatro años, seguía teniendo diecisiete. Le quedaba mucho por aprender.

Con cada movimiento. Qui-Gon hacía retroceder más a Obi-Wan. No era tan difícil, pero al seguir avanzando ante su padawan. Qui-Gon tuvo la sensación de que Obi-Wan se lo estaba permitiendo, que, de alguna forma, su padawan tenía el control.

Y así era. Con un resplandor de cegadora luz verde. Obi-Wan giró, se agachó y dio media vuelta. Sus ojos azules relucieron, y una pequeña sonrisa curvó las comisuras de sus labios. Ahora era él quién tenía el dominio.

Qui-Gon estaba acostumbrado a ese tipo de tácticas arrogantes por parte del enemigo, pero era ligeramente inquietante verlo en su aprendiz padawan. Y aun así, había funcionado.

Como si leyera el pensamiento de su Maestro. Obi-Wan aceleró el ritmo un poco más. Daba estocadas rítmicas con una fuerza descomunal, haciendo retroceder a Qui-Gon en un arco amplio por todo el patio. Su hoja verde era apenas un borrón de luz en la oscuridad, y todo su cuerpo se movía con seguridad y confianza.

Qui-Gon tuvo que concentrarse mucho para mantener el ritmo de su padawan. Habían

luchado a menudo codo con codo, lo suficiente como para que pudiera averiguar cuál iba a ser su siguiente movimiento. Por supuesto, a Obi-Wan le pasaba lo mismo y. de vez en cuando, el aprendiz de Jedi bloqueaba un golpe tan rápidamente que Qui-Gon sabía que el chico lo había previsto con exactitud.

Con un resplandor y un zumbido, los sables láser se encontraron formando un aspa. Ambos estaban sin aliento, sudando y exhaustos. Aquello no había sido un entrenamiento cualquiera.

Obi-Wan alzó la vista hacia su Maestro, con la mirada brillante e intensa. Era obvio que no había ganado el encuentro, pero lo había hecho realmente bien. Algo había cambiado entre ellos. Obi-Wan había dado un paso más hacia su meta de ser un Caballero Jedi, y Qui-Gon estaba más dispuesto que nunca a dejarle marchar.

—Tienes que ir a ver a Grath —le dijo Qui-Gon en voz baja—. Los estudiantes y los trabajadores tienen mucho que enseñarse unos a otros.

Obi-Wan asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo—.Y tú también tienes mucho que enseñarme. Te doy las gracias. Maestro.

Qui-Gon se sintió muy orgulloso. Obi-Wan era un gran hombre, y sería une excelente Caballero Jedi.

—Aprendemos el uno del otro. padawan —dijo—. Pero gracias.

Obi-Wan asintió.

—Creo que debería ir a buscar a Grath cuanto antes —dijo—. Estoy empezando a entender que todavía tenemos posibilidades de detener la disputa, de que ambos bandos se escuchen. Pero no queda mucho tiempo. Creo que, en el fondo, los estudiantes y los adultos quieren lo mismo.

—Sí, en el fondo —asintió Qui-Gon.

Capítulo 18

Obi-Wan durmió a pierna suelta aquella noche y se despertó despejado. Sabía exactamente lo que tenía que hacer, y estaba preparado para ello. Tras ponerse su hábito Jedi, salió del complejo de retiro y fue caminando hacia la residencia de los Port. Llamó a la puerta y fue como si Grath hubiera estado esperándole, porque se abrió de inmediato. Obi-Wan se sorprendió al ver allí a Nania.

—Estábamos a punto de ir a buscarte — explicó Grath. Parecía un tanto avergonzado—. Me alegro de que hayas venido.

Grath se hizo a un lado y Obi-Wan entró en el apartamento. Nania les indicó que se sentaran a la mesa.

—Lo siento mucho, Obi-Wan —dijo Grath en cuanto estuvieron sentados—. Sabía que eras Jedi porque se lo oí decir a mi padre. Te lo tendría que haber contado, pero pensé que no querrías ayudarnos si te enterabas de que yo lo sabía. O que tu Maestro no te dejaría. Estaba seguro de que todos los libres fueran a aprobar la ayuda de un Jedi.

Grath habló rápidamente y con claridad, y sus palabras sonaron auténticas. Obi-Wan se dio cuenta de por qué era el líder de los Libres.

—Os he decepcionado a vosotros también —admitió Obi-Wan—. Sabía que no estaba bien ocultaros que era Jedi. Pero pensé que era lo mejor para averiguar lo que pasaba en el planeta y para poder ayudaros.

A Grath se le iluminó la mirada.

—Lo sé —dijo—. Y creo que puedes ayudarnos. Tenemos que comunicarnos con nuestros padres. No son el enemigo. Ya habéis visto cómo son nuestras relaciones. Se están viniendo abajo. Tenemos que reconstruir las bases y quizá vosotros podáis ayudarnos a conseguirlo.

—Ambos bandos pueden plantear problemas al respecto —añadió Nania—. Los adultos sospechan que hemos sido responsables de los incidentes, y quizá se muestren hostiles. Sobre todo tras haber acusado a Vorzyd 5. Hemos provocado muchos problemas. Y ahora los libres están divididos.

—Yo no di el chivatazo a los adultos —dijo Obi-Wan con toda sinceridad. Quería que Grath y Nania supieran que no les iba a traicionar.

—Lo sabemos —dijo Grath.

—Fue Flip —añadió Nania—. Yo les oía él y a Tray riéndose de lo fácil que era engañar al resto del grupo —alzó el brazo y lo puso sobre el hombro de Obi-Wan—. Sabemos que lo único que has intentado es ayudarnos, Obi-Wan —le dijo—. Eso es lo que hacéis los Jedi, ¿no?

—Sí, supongo que sí —dijo Obi-Wan.

—Pero las cosas van de mal en peor —dijo Grath, viniéndose abajo de repente—. Antes lo hacíamos por diversión —dijo—. Ya sabes, por hacer algo.

—Fue así un tiempo, y la cosa iba bien —dijo Nania—. Era divertido. Trabajamos mucho juntos con el tema de las planificaciones y los incidentes. Nadie salió herido.

—Pero entonces cambiamos las normas —continuó Grath—. Queríamos hacer despertar a los trabajadores, a nuestros padres y abuelos. Entonces mi padre comenzó a acusar a Vorzyd 5 —su voz reflejó un punto de amargura—. Comenzamos a interferir con la productividad porque eso era lo único que parecía importarles. Sólo queríamos que nos hicieran caso...

Grath se fue quedando sin voz y miró al suelo.

—Pero ya no sabemos si seguir con los incidentes —admitió—. Nuestra intención no era en absoluto que los explosivos se activaran con los trabajadores dentro de los vagones. No queríamos que nadie sufriera daño alguno.

—Y ahora queremos detener lo que está en marcha — intervino Nania—, pero no sabernos si podremos convencer a Flip y a los Libres que le apoyan de que lo dejen, de que la violencia no es el camino.

Obi-Wan alzó una ceja.

—¿El siguiente incidente va a ser violento? —preguntó.

—Pues en teoría no debería serlo —respondió Grath—. Pero va a ser explosivo. Y tal y como han ido las cosas últimamente...

Le volvió a fallar la voz. Pero esta vez miró al techo.

—No sé lo que le ha pasado a Flip —dijo amargamente—. Antes era una buena persona. Un gran amigo. Y yo pensaba que me admiraba.

—Y así era —dijo Nania—. Pero Flip es una persona autónoma. No le puedes culpar de sus pensamientos y acciones.

Obi-Wan sintió compasión por Grath. Sabía lo que era sentirse culpable. Se había sentido así muchas veces. Cuando sus amigos estaban en peligro. Cuando sus rivales morían.

—Estoy seguro de que te sigue admirando —dijo Obi-Wan al recordar lo mal que le sentó a Flip la reprimenda de Grath por haber detonado los explosivos durante la hora punta—. Creo que su ira podría ser la máscara que oculta su dolor. Quiere que estés orgulloso de él.

—Y estoy orgulloso de él —dijo Grath—. De alguna manera, lo único que pienso es que no está concentrándose en lo correcto.

—Es importante que sigáis adelante y toméis las decisiones conectas. Que todos lo hagan. Incluido Flip —les aconsejó Obi-Wan—. Es hora de reunirse con los adultos, de contarles lo que está pasando. Tenéis que confiar en ello.

Grath soltó aire lentamente.

—Soy consciente de ello —dijo—, pero no sé por dónde empezar.

—Yo convocaré la reunión —dijo Obi-Wan—. Y Qui-Gon será el consejero de los trabajadores.

Grath suspiró.

—De acuerdo —dijo—, pero tengo la sensación de que dialogar con los trabajadores va a ser más fácil que convencer a los Libres para que cancelen la siguiente misión..., y para que vengan a la reunión.

Capítulo 19

Esa noche, ante una cena vorzydiana de caldo insípido y pan duro. Obi-Wan contó a su Maestro lo que había ocurrido en su encuentro con Grath y Nania.

—Creo que podemos conseguir un resultado positivo —dijo con seguridad—. Los libres tienen que comprender que lo mejor es dialogar con los trabajadores. Es lo mejor para todos.

—Estoy de acuerdo, padawan —dijo Qui-Gon—. Y creo que tendría que acompañarte a tu reunión con los Libres. Hay mucho en juego.

Obi-Wan no pudo evitar sentirse amonestado. ¿Acaso pensaba su Maestro que él no iba a poder manejar la situación? ¿No era obvio que estaba enfocando el problema de otro modo?

Obi-Wan tragó una cucharada de caldo y miró a su Maestro.

—Me gustaría ir solo para terminar lo que yo empecé —dijo lentamente—. A la reunión entre Libres y trabajadores acudiremos ambos, por supuesto —Obi-Wan esperaba que aquel comentario suavizaría a su Maestro.

Hubo un silencio antes de que Qui-Gon hablara.

—Muy bien —dijo—. Entiendo que es importante que vayas solo. Mi presencia podría desequilibrar la situación que has creado. Me pondré en contacto con el presidente Port y me aseguraré de que los trabajadores acudan al encuentro. Yo tendré que estar presente cuando llame a Vorzyd 5 para pedir disculpas. Y quizá conozco a unos cuantos que estarían interesados también en acudir a la reunión entre los Libres y los trabajadores —añadió pensativo.

Obi-Wan se preguntó de quién estaría hablando su Maestro, pero alguien llamó a la puerta de su habitación, interrumpiendo la conversación. Un segundo después, la puerta de metal se abrió y apareció Grath, que miró avergonzado a Qui-Gon y se mostró inseguro ante la forma de saludar a un Maestro Jedi.

Qui-Gon se levantó y le saludó con una inclinación de cabeza.

—Es un honor conocer al líder de los Libres —dijo Qui-Gon.

Grath pareció sorprendido, pero Obi-Wan se limitó a sonreír. Su Maestro tenía un talento excepcional para hacer que los demás se sintieran a gusto.

—Obi-Wan me ha hablado mucho de ti —prosiguió Qui-Gon, sonriendo con amabilidad.

Grath le devolvió la sonrisa.

—Es un honor conocerte a ti también —dijo—. Y me gustaría darte las gracias por tu ayuda. Espero que Vorzyd 4 emprenda una nueva vía antes de que os marchéis.

—Ese es mi deseo también —asintió Qui-Gon mientras comenzaba a retirar la mesa. Obi-Wan se dio cuenta de que ése era su modo de no obstruir su partida. Dándole las gracias en silencio. Obi-Wan se marchó con Grath.

Los dos cruzaron el patio y esperaron a que Nania les recogiera en el trasbordador. Pese a la confianza que había aparentado en la habitación. Obi-Wan estaba muy nervioso. ¿Qué ocurriría si los Libres no querían escuchar lo que Grath y él tenían que decirles? ¿Y si seguían considerándole un traidor?

Cuando llegaron al edificio abandonado. Obi-Wan estaba practicando una técnica de relajación mediante la respiración, pero no tenía que preocuparse. Los Libres guardaron silencio al oír a Grath.

—Tengo que pediros disculpas por no haberos contado que había un Jedi entre nosotros —dijo Grath desde la cima de un montículo de escombros—, pero en ese momento me pareció lo mejor.

Mientras escuchaba a Grath, Obi-Wan miró a su alrededor. Los chicos escuchaban con atención, y muchos asentían. Tray era la única que estaba aparte, sola en una esquina y con gesto enfadado. No había ni rastro de Flip.

—Obi-Wan ha venido para ayudamos —prosiguió Grath—. Él entiende lo que estamos intentando conseguir. Y quizá pueda acercarnos a los trabajadores.

—¡No! —gritó Tray, dando una patada en el suelo. Obi-Wan la miró y se preguntó por qué sería tan partidaria de la violencia. ¿Qué quería conseguir?

Hubo un murmullo entre la multitud, y los chicos comenzaron a hablar. Pero estaban mucho más tranquilos que en días anteriores, pidiendo la palabra y escuchando a los demás. Obi-Wan lo interpretó como una buena señal.

—No les importamos —dijo alguien—. Sólo piensan en la productividad.

—Y no nos escucharán —añadió otro Libre—. Se limitarán a hacer que paren los incidentes, y los incidentes son... —el chico no encontraba la palabra adecuada.

—Estoy de acuerdo —le interrumpió Grath—. El hecho de reunirnos para planear y realizar los incidentes ha sido lo más divertido de mi vida, y quizá lo mejor que haya hecho nunca, pero no va a resolver el problema. No nos está acercando a nuestros padres. Tenemos que comenzar en algún punto si queremos que se produzcan los cambios que buscamos.

Hubo un momento de silencio cuando los Libres se miraron entre sí. Obi-Wan se dio cuenta de que las antenas de Tray estaban taladrando el aire, como luchando con algo invisible, pero el resto parecía asimilar lo que Grath estaba diciendo. Los demás comprendieron que la violencia no era la respuesta.

—No tienes por qué asistir a las reuniones si no estás de acuerdo —dijo Nania mirando fijamente a Tray—, pero esperamos que lo hagas. Por todos nosotros. Es la única vía.

Nania miró fijamente a Tray, como si esperara comenzar una discusión, pero la chica se quedó resentida y silenciosa. Entonces. Nania enderezó las antenas.

—¿Dónde está Flip? —preguntó.

Tray se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo. Pero un brillo en sus ojos hizo sospechar a Obi-Wan que la chica no estaba diciendo la verdad.

Obi-Wan encendió el intercomunicador. Era hora de llamar a Qui-Gon. El dispositivo chisporroteó un momento, y luego oyó la voz de su Maestro.

—Los Libres han accedido a dialogar —dijo Obi-Wan.

—Eso son buenas noticias —respondió Qui-Gon—. Estamos en el anexo al despacho de Port, en Multycorp. Se ha firmado la paz con Vorzyd 5 y una gran cantidad de trabajadores y retirados se han reunido aquí. Estamos ansiosos por empezar.

—Excelente —dijo Obi-Wan. Por primera vez en varios días se sintió aliviado y realmente esperanzado—. Vamos para allá.

Obi-Wan dio por terminada la comunicación y se subió a un montón de escombros.

—Los trabajadores nos esperan para oír lo que tengamos que decirles —comunicó a los Libres—. Algunos de los jubilados también estarán allí. Quieren dar comienzo al diálogo. Tenemos que dirigimos cuanto antes al anexo a Multycorp.

Hubo exclamaciones de júbilo, y los Libres comenzaron a charlar entre sí. Las antenas

de toda la estancia se balanceaban de arriba abajo. Obi-Wan se giró para buscar a Tray y vio que se estaba dejando resbalar por la pared al suelo. En su rostro había un gesto de horror.

—Pero mi abuela... —tartamudeó—. No —miró a Grath y a Obi-Wan—. El anexo a Multycorp está a punto de estallar.

Capítulo 20

Los Libres se quedaron completamente callados al oír a Tray.

—¿Qué? —dijo Grath—. ¿Qué has dicho?

A Tray se le llenaron los ojos de lágrimas.

—El anexo a Multycorp está a punto de explotar —repitió—. Pensábamos que estaría vacío. No había ninguna reunión planeada.

Obi-Wan cogió su intercomunicador. Si podía contar a Qui-Gon lo que estaba ocurriendo, quizá pudieran impedir la explosión. Pero antes de poder realizar la transmisión, Tray negó con la cabeza.

Obi-Wan intentó hacer la llamada, pero no escuchaba más que ruido de fondo e interferencias.

—No funciona —le dijo con gesto triste—. Hemos estropeado el sistema de c comunicaciones —señaló su reloj—. Es demasiado tarde.

Tray se puso en pie.

—¡Tenemos que evitarlo! —exclamó—. ¡Rápido!

Tray fue la primera en entrar en el vagón de mantenimiento y se sentó al volante. Por un momento. Nania pareció a punto de quitarle los mandos, pero cambió de opinión. Tray necesitaba tener algo que hacer.

Por desgracia, no era una gran piloto. Si la conducción de Nania era una aventura, con Tray era un peligro. El trasbordador se tambaleó de un lado a otro, sacudiendo a los Libres que portaba en su interior.

Al desplomarse en su asiento, Obi-Wan intentó despejar su mente. Quería enviar a Qui-Gon una advertencia sobre la explosión, pero había tanta ansiedad y conmoción en el vagón que era difícil concentrarse. Cerró los ojos y se aisló del ruido y los sentimientos. Haciendo acopio de la Fuerza, envió un aviso a Qui-Gon. *Saca a todo el mundo del anexo a Multycorp*, le dijo. *Ahora mismo*.

Obi-Wan abrió los ojos y se encontró a Grath mirándole fijamente.

—Espero que lo que acabas de hacer funcione —dijo el chico con voz temblorosa—. Si le pasa algo a mi padre por mi culpa, por lo que he hecho... —le falló la voz y se quedó sin palabras.

Obi-Wan intentó tranquilizar a Grath.

—Estamos haciendo todo lo posible. No podemos perder la esperanza —dijo, pero Obi-Wan también tenía un mal presentimiento. Quizá llegaran demasiado tarde.

—Es todo culpa mía —prosiguió Grath—. Fui yo quien comenzó a cambiar los incidentes. Quería llamar su atención, hacerles ver que... —se le llenaron los ojos de lágrimas al mirar al exterior por la puerta transparente—. Y ahora mi padre, el líder del planeta, está en peligro.

—Pero no por tu culpa. Grath —intervino Tray con voz trémula—. Por la mía —dio una curva cerrada y el trasbordador se ladeó hacia la izquierda. Unos cuantos Libres, que se vieron lanzados contra la pared del vagón, se quejaron en voz alta.

—Yo convencí a Flip de que los incidentes tenían que ser violentos. Le dije que le respetarías si daba el siguiente paso, que estarías orgulloso. Tray soltó los mandos con una mano para poder secarse los ojos, lo cual hizo que el vagón se ladeara hasta casi tocar el suelo. Tray lo enderezó de nuevo.

—Y él me creyó —dijo la chica entre sollozos—. Creyó todo lo que le dije.

El vagón dobló por fin una esquina, y el anexo a Multycorp apareció ante ellos. Obi-Wan suspiró aliviado. Seguía en pie.

Pero antes de que el trasbordador se acercara lo bastante como para que alguien gritara una advertencia de peligro, una enorme explosión hizo estremecerse a toda la zona laboral. Pedazos de metal, cemento y otros materiales volaron por los aires cuando explotó la fachada del anexo a Multycorp, que se vino abajo.

—¡No! —gritó Grath, tapándose la cara con las manos. Nania miró hacia delante, demasiado impactada para hablar. Tray manipuló torpemente los mandos. Obi-Wan escudriñó la zona por la ventanilla, esperando a que el polvo se disipara. ¿Habría recibido Qui-Gon su mensaje? ¿Habrían conseguido salir a tiempo los vorzydianos? Obi-Wan percibió la cercana presencia de su Maestro, pero no supo si se encontraba bien.

Obi-Wan no tardó en ver a un grupo de gente. Algunos estaban agachados, otros yacían en el suelo entre los escombros. No había mucho movimiento.

Abriendo la puerta por la fuerza. Obi-Wan corrió hacia ellos. Deseaba con todas sus fuerzas no estar acercándose a una escena de muerte.

Capítulo 21

La zona de la explosión se sumió en el caos. Había trabajadores y jubilados vorzydianos por todas partes, tumbados en el suelo, murmurando o curando heridas. Todos estaban en estado de *shock*. Obi-Wan siguió a Grath y a Tray mientras los vorzydianos buscaban a sus familiares entre la multitud.

Por fin, Obi-Wan descubrió el hábito marrón de Qui-Gon. Su Maestro estaba arrodillado junto a un cuerpo en el suelo. A su lado estaba el presidente Port.

—¡Padre! —gritó Grath, y echó a correr.

El presidente Port se dio la vuelta. Tenía heridas en la cara. Con una mano se protegía el brazo lesionado, que colgaba de forma artificial. Con cuidado para no hacerle daño. Grath se acercó a su padre. No hablaron, se limitaron a abrazarse usando las antenas, dejando que se entrelazaran, calmándose el uno al otro.

Obi-Wan se acercó a Qui-Gon. Le alivió ver que su Maestro no estaba herido, pero los Jedi no se abrazaron. La mirada de Qui-Gon dejó paralizado a su padawan. El cuerpo que había en el suelo era la abuela de Tray. Tenía los ojos cerrados y el rostro ensangrentado.

Tray se arrodilló junto a ella sin poder articular palabra.

—Se pondrá bien —dijo Qui-Gon en voz baja—. Se dio en la cabeza con un trozo de escombro que salió despedido del edificio.

La anciana parpadeó, abrió los ojos y extendió la mano hacia su nieta. Tray se la cogió, pero su cara seguía teniendo una expresión horrorizada. Obi-Wan se dio cuenta de que se estaba culpando a sí misma.

Qui-Gon puso la mano en el hombro de Tray.

—Tu abuela es muy valiente.

Tray miró agradecida a Qui-Gon, con los ojos anegados en lágrimas. Él le sostuvo la mirada para tranquilizarla antes de airarse hacia Obi-Wan.

—Gracias a tu advertencia, casi todo el mundo consiguió salir del edifico a tiempo.

—¿Casi todo el mundo? —preguntó Obi-Wan. Qui-Gon no dijo nada más. Obi-Wan adivinó quién se había quedado dentro—. Flip —dijo lentamente, sin querer provocar más daño a Tray. Pero ella le oyó.

—¡No! —sollozó la chica—. No, Flip no. Tenemos que encontrarle. Tenemos que sacarle de allí.

Obi-Wan asintió solemnemente. Claro que tenían que encontrar a Flip. Lo único que faltaba era que le encontraran con vida.

***

Grath llamó al creciente grupo de Libres que se estaba reuniendo en la esquina de lo que había sido el anexo a Multycorp.

—Se oye un ruido en el sótano —explicó—. Tenemos que entrar.

El equipo de trabajadores había estado rebuscando por los escombros unos minutos antes de oír el sonido metálico. Podía ser alguna pieza de maquinaria que seguía intentando funcionar, o algún animalillo, pero también podía ser Flip.

Una docena de trabajadores corpulentos se juntaron y empujaron con todas sus fuerzas una gran viga que bloqueaba la entrada al sótano. No se movió ni un ápice.

—Vamos a levantarlo —gritó Grath—. A la de tres.

Algunos trabajadores miraron escépticos a los jóvenes Libres, pero les dejaron colocarse junto a ellos para agarrar la viga.

—Una, dos y tres —contó Grath. Trabajando codo con codo, el grupo alzó la viga, deslizándola fácilmente a un lado hasta que crearon una abertura de un metro de ancho.

—Apuntalad ese lado —gritó Grath.

La entrada no era muy grande, pero Obi-Wan pudo colarse por ella.

—Date prisa, Obi-Wan —le urgió Grath mientras el joven Jedi descendía hacia el oscuro sótano. No tenían que decírselo dos veces. Obi-Wan sabía que los restos del edificio eran poco estables. Incluso con la viga apuntalando la entrada, había muchas posibilidades de que se viniera abajo. Y si Flip seguía con vida, quizá no le quedara mucho tiempo.

Obi-Wan se detuvo un instante para ajustar su visión a la oscuridad. Intentó oír el ruido metálico. Parecía proceder de un punto delante de él, hacia la izquierda. Cada vez era menos frecuente.

De repente, un montón de polvo y pequeños guijarros le cayó en la cabeza.

—Cuidado —resonó una voz por encima—. Voy contigo. Obi-Wan.

La luz procedente de la entrada quedó bloqueada un momento. Entonces Tray se dejó caer junto a Obi-Wan.

—El ruido viene de allí —señaló el chico. Comenzó a dirigirse hacia el lugar señalado, pero Tray se le adelantó.

—¿Flip? —gritó ella—. ¿Flip? Aguanta, ya vamos —la chica vorzydiana se agachó para rodear una gran pieza de maquinaria. Se movía rápida y fácilmente entre aquel destrozo, y desapareció de la vista de Obi-Wan, que, sin embargo, seguía oyéndola llamar a su amigo.

—¿Flip? ¡Flip! —la exclamación de Tray no dejó lugar a dudas. Lo había encontrado. Obi-Wan se abrió paso por entre unos escombros para llegar junto a ellos.

—Flip —repitió la chica más lentamente. Entre Obi-Wan y ella consiguieron levantar el gran pedazo de duracero que mantenía atrapado a Flip por el pecho. Arrodillándose a su lado. Tray le cogió la mano y soltó de los dedos del muchacho el trozo de metal que había estado utilizando para llamarles.

Aparte de una contusión en la frente, el chico parecía estar bien. Pero, aunque ya no tenía peso encima, no podía levantarse. Obi-Wan le observó intentando hablar y se dio cuenta de que estaba mal. Flip tosió y se estremeció de dolor.

—Túmbate —le ordenó Obi-Wan—. No intentes hablar ni moverte —luego se giró hacia Tray —. Quédate con él mientras voy a por la ambulancia.

Obi-Wan regresó hacia la entrada del sótano y pudo oír a Tray hablando con Flip en voz baja.

—Lo siento —susurró la chica. Luego emitió un sollozo—. Me equivoqué.

Capítulo 22

Tray se mantuvo lo más cerca que pudo de la gravicamilla mientras Flip era sacado lentamente del sótano. Grath iba de un lado a otro, nervioso, cuando salieron al exterior. Qui-Gon se dio cuenta de que el chico quería hablar con Flip, pero que algo se lo impedía.

Qui-Gon miró a su padawan y le urgió mentalmente a que animara a Grath, pero Obi-Wan ya se estaba acercando al líder de los Libres. Qui-Gon no alcanzó a oír lo que su padawan dijo al vorzydiano, pero lo cierto es que aquello le dio valor para dar unos pasos hacia el herido.

Grath le puso la mano en el hombro y se acercó a él para hablarle en voz baja. Aunque Flip no podía responder, por su mirada se adivinó que todo estaba perdonado. Grath y Flip se acariciaron las antenas por un momento. Entonces, las de Flip se desprendieron de repente, y se quedó inmóvil. Había muerto.

—¡No! —sollozó Tray, y se abalanzó sobre Flip, apoyando la cabeza en su pecho—. No —susurró—. Tú no.

Grath consoló a Tray acariciándole la espalda.

—No es culpa tuya. Tray —dijo suavemente—. Flip era una persona autónoma que tomaba sus propias decisiones. Todos hicimos lo que creíamos que había que hacer.

Tray miró agradecida a Grath, con los enormes ojos llenos de lágrimas. Luego dejó caer la cabeza.

—Pero nuestro método no era el bueno —dijo.

—Yo opino lo mismo —dijo Grath—. Sin embargo. ahora hemos emprendido otro camino. El camino hacia la paz.

Tray asintió lentamente. Qui-Gon se dio cuenta de que con el tiempo acabaría asumiendo la muerte de Flip, pero no podía hacerlo rápidamente.

Grath contempló el cuerpo sin vida de Flip y se agachó para dedicarle una breve despedida. Tray hizo lo mismo, y luego unos pocos Libres. Los enfermeros cubrieron a Flip con una pesada manta gris y metieron la gravicamilla en el transporte.

Grath, Tray y Obi-Wan permanecieron en silencio mientras el transporte se alejaba. Lentamente, más Libres comenzaron a reunirse alrededor del trío, enlazando sus brazos y emitiendo un zumbido. El sonido era suave al principio, pero comenzó a crecer en volumen e intensidad. Estaba lleno de dolor. El joven grupo había pasado por muchas cosas y ahora tenía que aceptar la muerte de uno de ellos. No iba a ser fácil, pensó Qui-Gon. Y todavía quedaba mucho trabajo por hacer, y muchos retos.

Cuando el último de los vorzydianos heridos fue trasladado a la unidad médica, y por fin el polvo se asentó, hubo un momento de calma. Pero muy pronto terminó.

Un iracundo trabajador vorzydiano señaló con el dedo a los Libres.

—Mirad lo que habéis hecho —dijo señalando los escombros—. ¿Y ahora cómo vamos a trabajar?

—¿Acaso no tenéis respeto por nada? —preguntó otro enfadado trabajador, gritando a los Libres—. ¿No os hemos enseñado nada?

—Nos habéis enseñado mucho —respondió una voz de entre los jóvenes—. Nos habéis enseñado que lo único que os importa es el trabajo. Y que tenemos que recurrir a este tipo de cosas para llamar vuestra atención.

De repente. la escena se tomó en un griterío entre los Libres y los trabajadores. Qui-Gon observaba desde un lateral, junto a unos cuantos retirados. La discusión no conducía a

ninguna parte porque ambos bandos creían que el otro estaba en un error. Qui-Gon estaba a punto de dar un paso adelante cuando Obi-Wan se separó de los Libres y se situó entre los dos grupos.

—Es inútil echarse las culpas —dijo con voz autoritaria—. Creo que estaréis todos de acuerdo en que ya ha habido bastante sufrimiento —Obi-Wan habló con calma y lentitud, mirando a la cara a los trabajadores y a los Libres. Qui-Gon se sintió enormemente orgulloso. ¿Cuándo se había hecho tan sabio Obi-Wan?

—Tenéis que colaborar para sanar las heridas que se han revelado hoy —Obi-Wan se dirigió a los trabajadores, pero, pese a la verdad de las palabras de Obi-Wan. Qui-Gon se dio cuenta de que no estaba convenciendo a los trabajadores.

—Mi padawan tiene razón —dijo Qui-Gon mientras se unía a Obi-Wan en el espacio entre las dos facciones—. Las distintas generaciones tienen mucho que ofrecerse unas a otras —puso un brazo alrededor del hombro de Obi-Wan—. Llegará el día en que entenderéis que la vida es más que trabajar y producir. No tenéis que estar de acuerdo siempre, pero si os tomáis un tiempo para escuchar, para aprender los unos de los otros, lo que consigáis juntos será infinitamente más reconfortante.

Las palabras resonaron en el interior de Qui-Gon a medida que las pronunció. Esperó que Obi-Wan se diera cuenta de que no estaba hablando sólo de los vorzydianos. Estaba hablando de los dos. De lo mucho que se habían enseñado el uno al otro. De lo felices que habían sido trabajando juntos, dependiendo el uno del otro, sabiendo que siempre podrían contar con el otro, incluso cuando estuvieran en desacuerdo.

Miró a su aprendiz y vio que Obi-Wan lo había entendido. Los Jedi no necesitaban las antenas para comunicar sentimientos. Sus lazos eran muy fuertes.

Las palabras de Qui-Gon llegaron a lo más hondo de algunos vorzydianos, pero muchos seguían indecisos.

—¿Quiénes sois vosotros para decimos lo que tenemos que hacer? —preguntó uno de los iracundos trabajadores a Qui-Gon y a Obi-Wan.

El presidente Port se abrió paso al frente de la multitud, y Grath se apresuró a unirse a él.

—Tienes razón —le dijo al enfadado trabajador—. Los Jedi no son los que tienen que resolver nuestros problemas. Nosotros hemos creado este desastre —se apoyó en su hijo—. Y tendremos que resolverlo juntos.

Capítulo 23

En tan sólo dos días, el complejo de jubilados cambió significativamente. Casi todas las puertas estaban abiertas, incluida la entrada principal que daba al patio. Tras la jornada laboral, había vorzydianos de todas las edades yendo de un lado a otro. De vez en cuando se oía una risa por los pasillos antaño desiertos.

Obi-Wan se dirigía junto a Qui-Gon hacia la salida, estupefacto con el cambio. Los vorzydianos necesitarían tiempo para llorar la muerte de Flip y el daño que habían causado. Las diferencias generacionales no se solucionarían rápidamente, pero Obi-Wan tenía esperanzas.

Se escuchó la voz de un vorzydiano en el pasillo. Obi-Wan sonrió y se detuvo en seco. Parecía la voz de Grath.

—Maestro, espera —dijo Obi-Wan. Se dirigió hacia la procedencia del sonido y vio que no se equivocaba.

Grath estaba sentado en una de las habitaciones. Miró de nuevo y vio que en lugar de camas, aquella sala contenía sillas y mesas dispuestas para conversar. Se había convertido en una especie de sala de estar.

Obi-Wan se mostró encantado ante la renovada sala, pero percibió la tristeza en el aire.

Grath se levantó y saludó a su amigo.

—Estábamos hablando de Flip —explicó—. Las cosas que hizo siguen resultando dolorosas, pero nos ayuda mucho compartir los recuerdos —señaló a los demás presentes, unos cuantos Libres, su padre, Tray y la abuela de Tray, Ina. Todos saludaron a Obi-Wan con un temblor de antenas.

Grath se giró hacia Obi-Wan.

—No te irás ya, ¿verdad?

Obi-Wan se alegró de ver que Qui-Gon entraba en la sala evitando que tuviera que responder a la pregunta. Lo cierto es que iban de regreso a Coruscan'.

—Presidente Port —la voz de Qui-Gon era cálida y profunda. Atravesó la salita en dos zancadas y le dio la mano al presidente—. No está en su despacho. ¿No tiene trabajo? —Qui-Gon mostró una sonrisa alegre.

El presidente Port le dio la mano, pero no le devolvió la sonrisa.

—Nos habéis enseñado que hay trabajo más importante que hacer —dijo humildemente—. Muchas gracias.

—Ahora íbamos a daros las gracias —dijo Grath—, pero nos paramos un momento a hablar con Ina y estábamos compartiendo recuerdos de Flip.

Obi-Wan sonrió levemente. Las generaciones de vorzydianos por fin pasaban tiempo juntas, compartiendo sus sentimientos. Y. pese al dolor causado por la muerte de Flip, parecían disfrutado.

—Queremos agradecéroslo —dijo el presidente Port formalmente—. Gracias por ayudamos con las relaciones con Vorzyd 5... —el presidente Port apenas podía encontrar las palabras adecuadas. Sus antenas temblorosas rozaron la cabeza de su hijo, revolviéndole el pelo—. Y las relaciones aquí en Vorzyd 4.

Qui-Gon asintió, aceptando el agradecimiento.

—Ah, y tenemos un nuevo plan —dijo Tray animadamente.

Por un momento. Obi-Wan pensó que les iba a hablar de otra trastada de los Libres.

—Los jóvenes nos van a ayudar a construir una zona de aire libre —explicó Ina.

—Los trabajadores también ayudarán —añadió Grath—. Mi padre va a recortar la semana laboral en un día para que tengan tiempo.

Los vorzydianos se miraron entre sí y agitaron las antenas suavemente de atrás adelante, como si las meciera una suave brisa. Obi-Wan se dio cuenta de que nunca les había visto tan vivos y tan alegres como en ese momento.

—Todavía queda mucho por hacer —dijo el presidente Port—, pero tenemos que comenzar. Y juntos lo conseguiremos.

—Sé que lo haréis —asintió Qui-Gon—, pero me temo que es hora de que regresemos a Coruscant. Tenemos trabajo que hacer.

—Claro, claro —dijo el presidente Port.

Los vorzydianos se despidieron de los Jedi, y Obi-Wan siguió a su Maestro hacia la salida. Obi-Wan sabía que tenían trabajo que hacer, y era un trabajo que tenían que realizar juntos.

—Ya tenernos mucho trabajo avanzado, padawan —dijo Qui-Gon, adivinando los pensamientos de Obi-Wan. Salieron al patio, y Qui-Gon se detuvo frente a su aprendiz—. Y aunque ya hemos dejado atrás el comienzo, lo cierto es que aún no hemos llegado al final.

Obi-Wan asintió.

—Lo sé. Nos queda mucho que aprender.

—Pero has madurado mucho —reconoció Qui-Gon—. Estoy orgulloso de ti. Obi-Wan. Orgulloso de lo que has llegado a ser. Es un honor enseñarte y trabajar contigo. No hubiera podido pedir un padawan mejor.

Obi-Wan sonrió.

—A trabajar, entonces —dijo.

—Sí —asintió Qui-Gon—. A trabajar.